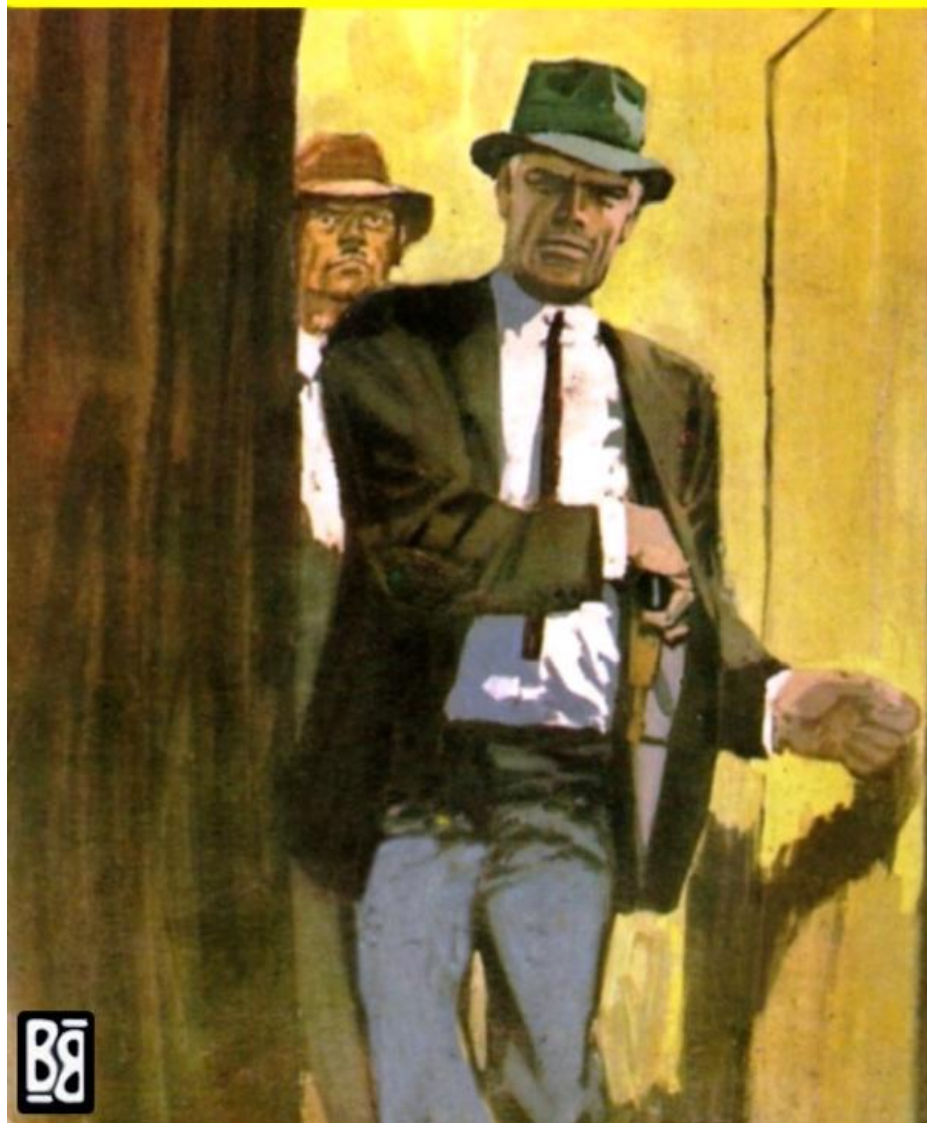


PUNTO
ROJO

cazador de fugitivas

peter debry



B&B



PERTER DEBRY

CAZADOR DE FUGITIVAS

Col. PUNTO ROJO n.º 170

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 14249 - 1965

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: julio 1965

© PETER DEBRY - 1965
sobre el texto literario

© DESILO - 1965
sobre la cubierta

© COSTA - 1965
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 3125/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPITULO PRIMERO

La cálida voz, de contralto, tenía breves estridencias inesperadas. La flexibilidad prodigiosa del esplendido cuerpo acompasaba, también en breve sacudida, la repentina percusión del tambor.

Los carteles del «Dorado» la anunciaban como «Melba, la única, Melba, la incitante y voluble».

Todo el mundo conocía a Melba, en Guayaquil. Y pocos hombres le llamaban la atención entre los que acudían a la nocturna sala de fiestas.

Días antes, uno logró interesarla. No era un vulgar aventurero más de la fauna internacional que iba y venía por aquel puerto.

Edgar Wilder reunía muchas cualidades: física prestancia, joven madurez, inquietante misterio y cartera repleta.

Ella presintió que Wilder la estaba empleando como pantalla. ¿Contra qué y contra quién?

Wilder decía que estaba esperando un barco que le llevaría a Valparaíso. Dormía muy alerta. Antes de despegar los párpados, al oír el rumor más tenue, abría los dedos de la diestra.

Los cerraba en torno a la culata colocada bajo su almohada.

Aquella noche, actuando, Melba sintió una extraña atracción hacia un desconocido.

También él la contemplaba fijamente.

Craig Jasper hubiera podido pasar por sudamericano. Había algo selvático en sus negros ojos rasgados que, según las circunstancias, podían ser crueles sin odiar, o apasionados sin ardor.

Esta fue la primera impresión que tuvo Melba. Aquel desconocido poseía un gran dominio de sus reflejos.

Llevaba impresa la marca invisible que solamente expertas mujeres como Melba podían leer. La marca del hombre sin apego a la vida. No era uno de tantos febriles desesperados.

Era más peligroso. Se adivinaba en él la calmosa aceptación de una breve existencia, y el talento de prolongarla contra todo pronóstico.

Todo aquel estudio visual excitó la curiosidad de Melba. Al terminar su actuación, fue a cambiarse en su aposento.

Moldeada en su blusa color carne, prendidos a la nuca los negríssimos cabellos, ceñida en su negra falda de abertura lateral, avanzó ella hacia el mostrador.

Craig Jasper, en su mesita, mostró el cubo de hielo donde sobresalía el dorado gollete del champaña. A la vez presentaba una copa. Con la imparable indiferencia del que ofrece bebida a una sedienta.

—Gracias, amigo —sonrió ella, sentándose.

—Celebro que hable usted inglés.

—Por aquí, pasan por rebaños los yanquis, amigo.

—¿En qué se me conoce de dónde soy indígena?

—Vista que tengo. Aunque usted no es del rebaño.

Tiene más clase. Y no lo digo por el espumoso —y señaló ella el chispeante vino.

Miró Jasper su reloj. Un extraño cronógrafo, cuya flexible cadena de platino destacaba en la muñeca velluda.

—¿Habrà jaleo si la acompaño a su nido, Melba?

—La pólvora va muy barata por esta comarca. Pero oiga, amigo, usted se ha confundido conmigo. ¿Tan irresistible se cree?

—No se trata de intentar mi suerte con usted, Melba. No tengo tiempo disponible, y usted vale muchas horas de asedio. Precisamente, si quiero acompañarla es para evitar tiros.

Presintió ella que aquel individuo de crueles ojos algo oblicuos tenía alguna relación con la pistola que Edgar Wilder acariciaba frecuentemente.

—Me disponía a salir. Y la noche se puso fresquita... desde que me acerqué a usted, amigo.

—No soy ningún frescales. Verá como no. Me enteré de que a las dos acababa usted su trabajo, y me dije: «Craig, ella es la mujer que podría evitar que mueran dos hombres de bien».

—¿Y dónde están esos dos hombres de bien?

—Uno, soy yo.

Rio ella, burlona. Luego dijo, pensativa:

—Puedo intentar oírle, Craig.

En la oscura calle comentó la joven:

—Comparto su parecer de que el tiempo es oro. No me dijo quién era el otro hombre de bien.

—El que está esperándola en su nido. Trataré de abreviar, porque solamente hay un centenar de pasos hasta su nido.

—¿Lo ha medido todo?

—Si entro yo, él me recibirá a tiro limpio. Puede matarme, o le puedo matar. No me interesa. Yo perdería, en ambos casos, diez mil dólares.

—Un negocio raro, ¿no, Craig?

—Lo entenderá rápido. El hombre que desde hace cuatro días con sus noches, se ampara tras sus faldas, no es el turista que usted se imagina.

—Nunca imaginé que fuese un turista. Ni tampoco lo es usted. Tengo bastante práctica en identificar visualmente a los tiburones.

—Su inquilino es un bicho peor que un tiburón. La cámara de gas es demasiado benigna para él. No, no soy un policía. Digamos que soy una especie de cazador de fugitivos.

—¿Y mi inquilino, como dice usted, es un fugitivo?

—Escapó a raíz de ser sentenciado a muerte. Cobro buena parte de la recompensa que ofrecen por su captura. Puedo desprenderme de quinientos dólares, Melba.

Giró ella una esquina. Agregó Jasper:

—Tiene usted pupila. Comprendió que era preferible un rodeo, por si él está acechando su regreso. A mí no me conoce, pero le intrigaría verla acompañada.

—Quinientos dólares no están mal, pero, ¿tan baja me juzga que me considera capaz de entregar a un hombre que confía en mí?

—También confiaba su novia en él, y la estranguló.

—A veces, hay mujeres que inspiran este deseo.

—Un hombre puede desfogarse sin matar a una mujer. Basta con enviarla unos meses a una clínica. Pero eso es harina de otro costal.

—Supongamos que me niego a ayudarle, Craig.

—Tan amigos, Melba. Yo, como sea, tengo que entrar en su nido. Mi parte me la pagarán igual, tanto si llevo a Wilder esposado, como metido en una caja. Tengo licencia para ambos medios de transporte.

—Muy seguro está usted de sí mismo, Craig.

—El día que pierda la seguridad en mí mismo, elegiré otro oficio.

—¿Cómo sabe que mi inquilino es el estrangulador que quiere cazar?

—Hace noventa y tres días que le sigo la pista. La ruta fue Nueva York, Miami, Key Largo, Panamá, y por fin he dado con su madriguera.

—Un viaje caro, ¿no?

—Paga la cuenta, y con esplendidez, una millonaria. Y ahora, si me da la llave, no tendrá que abonar mañana la reparación de puerta y ventana rota.

—Yo pensaba irme un día de estos a Nueva York. Tengo pasaporte y obtendría contrato fácilmente.

—Quinientos dólares le pagan el viaje y los primeros días de estancia. Consume mucho alcohol su inquilino, ¿verdad?

—Bastante. Usted lo sabe todo.

—Noventa y tres días con sus noches, averiguando las particularidades de Wilder, hacen que casi le haya cogido cariño. Un cariño bestial.

—No lo dudo. Y seguramente es su cariño bestial el que le hace llevar un frasco de Bourbon a mí inquilino.

—Usted se lo llevaba las otras noches, ¿no? Sólo que este contiene adormidera. Sin sabor, ni olor ni color. Y con este método, a usted no le sabría la boca a sangre, si tuviese yo que recogerlo muerto.

—Puede que la boca me sepa mal, pensando que yo le entrego a un transportista que lo llevará a una penitenciaría.

—¿Y qué pasa con la satisfacción del deber cumplido y la conciencia tranquila? Es un asesino sin atenuantes. Estranguló a una chica, por pura

maldad.

—Deme la botella. Dejaré abierta la puerta de abajo. ¿Actúa deprisa este brebaje?

—Garantizado de efectos fulminantes en segundos.

—¿Podría echar un vistazo a su documentación, Craig?

—Así me gusta. Wilder podría ser un millonario y yo un pistolero, ¿no?

—Vaya usted a saber...

—Enfoque los faros de sus ojazos sobre esta licencia internacional de porte de armas. Mi efigie como busca pistas de fugitivos. El permiso consular autorizándome el transporte, esposado o amortajado, del descrito Edgar Wilder.

Devolviendo el «carnet» que en abanico abierto presentaba tres compartimentos transparentes, dijo ella:

—Prefiero ganar quinientos dólares, a tener que culparme de ser, indirectamente, la causante de su muerte, Craig Jasper.

—Su nido tiene varias salidas. No le deje escapar, Melba.

—¿Por qué iba yo a permitirme este lujo?

—Por sentimentalismo desplazado. Yo volvería a seguirle, y algún día le sabría mal enterarse que me recogieron en algún rincón sudamericano, o que Wilder estranguló a otra muchacha.

—¿No confía en mí?

—Casi. Desde un observatorio adecuado, cronometraré. Tres minutos para llegar a la puerta, abrirla y dejarla entornada. Dos minutos para invitarle a beber a su inquilino.

—Se invita él solo.

—Al sexto minuto, entraré. Me dieron un plano de la casa, en la agencia de alquiler y compra-venta.

—Se las sabe todas, amigo.

—Menos una.

—¿Cuál?

Con el índice repicó Jasper en la esfera de su extraño reloj. Dijo:

—«Todas hieren, la última mata...» Se puede aplicar a las horas, y a las mujeres. Traducido al momento actual, lo que no sé es si el indiscutible poder magnético que posee Wilder con las mujeres tendrá más fuerza que mis pobres medios y maneras.

—Su modestia es orgullo reventón, Craig. Empiece a cronometrar.

Seis minutos después, Craig Jasper entraba en la casita de dos plantas, alquilada por Melba Karel.

Pero no por la puerta entornada.

Encaramado sobre el barril que en la fachada posterior recogía la lluvia, asió el cable del pararrayos.

Efectuó una contracción gimnástica en el reborde de la galería del primer piso. Caminó sin precaución porque al cuello llevaba anudados

entre sí sus zapatos.

Antes que los ojos sesgados, asomó, por el abierto ventanal, la boca de su automática.

Hacía calor en aquella tierra fangosa. No había aire acondicionado en aquella habitación. Vio a Edgar Wilder.

Tendido boca abajo sobre un diván. Le colgaba un brazo, cuya mano rozaba en el suelo un vaso hecho añicos.

En pie tras el diván, Melba Karel murmuró roncamente:

—Triunfó el dólar, Craig. Sobran sus precauciones.

—Pudo Wilder ofrecerle más de quinientos, si usted le cuenta mi sincera oferta.

Jasper asió por los cabellos al narcotizado. Volvió a dejar caer la cabeza y busto sobre el blanco acolchado.

—Ahora goza de sus buenas ocho horas de sueño profundo. Casi debería agradecermelo. Los que están en su caso, siempre duermen mal.

—Siempre duermen mejor los cazadores que las piezas a cobrar.

—No suelen ser liebres, créame. ¿Me permite su teléfono, Melba?

—Creo que le he permitido mucho más, ¿no?

Marcó Jasper unos números. Escuchó unos instantes, y dijo:

—Pueden cursar el cable que dejé escrito esta tarde.
Carpeta EW-03. Retire los dos pasajes. Avise al personal para que no pongan obstáculos cuando me instale con antelación. ¿Pista, número y hora?

Miró Jasper su cronógrafo, escuchando. Replicó:

—De acuerdo. Llegaré a las ocho en punto. Gracias.

Colgando, explicó:

—El consulado. Muy buenos chicos. Serviciales y eficaces.

—Por favor, váyanse ya. Los dos.

—No sea impresionable. Ha hecho usted una buena acción.

—No acabo de convencerme.

—Sí, mujer. Ha sido una buena acción. ¿No estoy vivo? Si cree que abuso, écheme. He pensado que en este mismo butacón puedo velar el apacible sueño de Wilder.

—Pero yo no podría dormir.

A las siete y media, un coche me llevará al aeródromo. Pero sería abusar, ¿no?

—Los dos han pagado su derecho a pernoctar aquí... Pero sin mi compañía, aunque haya supuesto usted otra cosa.

Usted suscita apasionamiento, Melba. Pero nunca mezclo el trabajo con nada ajeno al oficio.

—Iré a dormir a cualquier hotel.

Jasper estaba endosando un cheque viajero. Firmo por dos veces.

—Se lo harán efectivo en cualquier Banco, Melba.

Supongo que no necesitaré despertador.

—Lo llevo encima —y volvió a tocar Jasper su reloj.

Inclinándose, miró ella la esfera. En vez de números, el horario lo componían letras. La «LL» ocupaba la hora 2 y 12. En el sentido de las manecillas podía leerse:

«ALL HURT, LAST KILL» (^{1})

Las letras «ST» ocupaban la hora 9.

—Curioso capricho macabro —comento ella—. Bueno, me voy.

—Si nos vemos más, gracias y suerte. Duerma tranquila. Usted hizo lo más sensato.

A solas, hundido en el butacón, el cazador de fugitivos parecía dormir.

Apoyaba los pies, en calcetines, sobre el narcotizado.

A las siete y media, cargó sobre su hombro a Wilder. No volvió a ver a Melba Karel.

El personal estaba avisado. No les extraña aquel individuo llevando por bagaje a un sujeto inerte sobre el hombro derecho. Dos pasajeros que ocuparon sus butacas, una hora antes de la salida.

Y ahora sí que durmió Craig Jasper. En su velluda muñeca izquierda tenía otro brazalete. El que le unía con acero a la mano derecha del que seguía durmiendo.

CAPITULO II

Los pasajeros fueron ajustándose los cintos. La azafata titubeó. Pero los dos extraños viajeros dormían profundamente.

La joven consideró que sería humillante despertar a dos hombres esposados, sometiéndoles al reglamento de abrocharse la hebilla.

El avión trepidó a fondo. Fue deslizándose, y, por fin, inició el ascenso.

Craig Jasper masticó, removiéndose. Extrajo del bolsillo de su americana de dril blanco las gafas antisolares.

No era difícil colocarlas con una sola mano. Ajustaban como un antifaz.

La azafata sonrió profesionalmente, acudiendo a la llamada del índice disparado en alto por Craig Jasper.

—Dígame, señor Jasper.

—Sal de frutas y jugo de naranjas, señorita Brown.

—Marcia Scott, a su servicio, señor Jasper.

—Ojala.

Jasper se reclinó más contra el respaldo. Las dos butacas eran las más alejadas de la carlinga de tripulantes.

A la derecha, el pasillo de salida, y la butaca de la aeromoza, cuando no había mucho pasaje. No debía haberlo, puesto que estaba desocupada.

Percibió en su muñeca el estremecimiento ajeno. Dijo, sin mirar al que apoyaba el perfil en el cristal:

—Inconvenientes del exceso en la bebida, Wilder. Le traerán un tónico para despejarle el seso.

Edgar Wilder, alto, de facciones enérgicas, ojos soñadores, y hoyuelo en el mentón, se pasó la zurda por los ondulados cabellos rubios.

Siguió mirando a través del cristal.

Marcia Scott presentó la bandejita. Cogió Jasper el alto vaso empañado por el hielo, donde el jugo de naranjas adquiriría un precioso tornasol en refracción con los rayos solares oblicuos.

—Usted misma, Marcia, sea amable. Eche una cucharadita del polvillo. No hay nada mejor para resucitar a un hombre.

Ella removió el líquido. Jasper lo pasó a su vecino, que rehusó diciendo:

—Bébaselo, si le apetece.

Una réplica amable por la entonación, salvo que añadió, con el mismo tono amable:

—Y así reviente.

Bebiéndose el tónico de su compañero, Jasper podía ver sin que le vieran los ojos. Había conmiseración en el agraciado semblante de Marcia Scott.

Devolviendo el vaso, dijo Jasper:

—¿Tiene «Chester»? Un paquete, por favor.

Ella abrió el paquete, tendió la llamita del mechero a Jasper, y miró casi suplicante a Wilder, al invitar:

—¿Un cigarrillo, señor?

Wilder encogió los hombros, sin descortesía. Su ácida sonrisa le recordaba a Marcia al actor Kirk Douglas. Ofreció el paquete y la llamita.

Se retiró, llamada por una voz femenina.

—Podemos ir al lavabo, Wilder. Nos hace falta. Ya somos mayorcitos y nos portaremos bien en todos los sentidos, ¿verdad?

—Sí, papá.

Edgar Wilder se levantó. Casi parecía ser él quien llevaba prisionero a Jasper. No tuvieron que ser vistos por el resto del pasaje.

Había un lavabo particular, junto a la pequeña cocina. Reservado al personal. En el diminuto lavabo, comentó Jasper:

—Le quitaré el aro, nene. Tendré que machacarle la coronilla, y con gran placer, si intenta alguna imbecilidad.

—Estaremos más cómodos. Y no soy ningún imbécil.

—Volveré a esposarle cuando nos acerquemos a la primera etapa. Panamá.

Libres las manos, Wilder permaneció largo tiempo con la nuca bajo el chorro. Al terminar de peinarse, aguardó, adosado a la cerrada puerta.

Jasper se aseó más rápidamente, sin inclinarse.

—Tal vez ahora no nos vendría mal un trago, Wilder.

—Es usted muy gentil.

En el pequeño bar, reservado también a personal y pasajeros especiales, parecían dos conocidos recientes. Que habían entablado una fugaz amistad.

Haciendo juego con la estela que en el aire tropical dejaba por unos segundos el «Haviland» de carga y pasaje.

Wilder bebió un jugo y pidió café. Jasper sorbía poco a poco la leche malteada. Consultaba a la vez la lista de pasajeros. Había solamente veinticuatro plazas.

Y solo ocho pasajeros. Por butacas de proa a popa. Los dos últimos eran él y Wilder.

Fue leyendo:

«Reverendo Thomas Winchester.

Srta. Juana Maldonado.

Mr. Alvin G. Quimby.
Mr. John V. Quimby.
Miss Diana Harding».

Dejó de leer, porque Wilder decía:

Por lo menos, admito que es usted discreto.

—No es mi oficio. ¿A qué viene esto?

—Me habría crispado que se sintiera usted juez.

No es mi oficio. Yo los cazo, otro los guisa.

—Debí beber mucho, que no recuerdo ni el momento en que me cazó.

—Total, ¿qué más da?

—Se está bien aquí. Reservado el derecho de admisión.

A los demás pasajeros les llevan las bebidas a domicilio.

—Cómo a mí, ella.

—¿Quién era ella?

—Melba. La única, la incitante, la voluble. ¿No la conoció?

Ya recuerdo. Una rubia escalofriante. Salía a la pista muy abrigada. Cuando se iba, la casa había vendido triple bebida en aquellos diez minutos. Nos dejaba a todos con la garganta seca, aquel numerito que podríamos llamar «La Caída de las Hojas» o «Deshojando Margaritas para Tocinillos».

—Un «strip» simbolizando las cuatro estaciones. Algo alteradas. Invierno, otoño, primavera y verano.

—El ideal para el verano sería pasarlo a cuerpo limpio. Indudable.

—Lo indudable es que no comprendo cómo, en mis circunstancias, me fié de Melba. Nunca bebo hasta emborracharme. Si usted pudo cazarme, será porque ella se avino a algo turbio.

—Hace una mañana espléndida, Wilder. Es un modo de indicarle que sin ser juez de nadie, le considero maestro en sucias turbiedades. Por eso será mejor que cambie el disco.

—Ni usted ni yo llevamos señales de violencia. Tengo los bolsillos vacíos.

—La deducción es elemental. Supe que cada noche Melba le llevaba un frasco de Bourbon. Unos pocos dólares, y un camarero echó adormidera en el frasco que Melba recogería. Los *barmen* están especializados en deslazar, lacrar y dar gato por liebre.

—Considerando que es usted el hombre que me lleva en el último taxi, camino de la cámara final, debería tenerle odio.

—¿Por qué se va a molestar? Los fugitivos casi descansan cuando todo se acaba. Huir constantemente, dicen que es un tormento.

—¿Es usted policía federal?

—Me llamo Craig Jasper. Una agencia especial se dedica a enviar cazadores cuando la recompensa vale la pena. No es la primera vez que

cazo a un fulano escurridizo y viajo en su compañía. Hasta hoy, sin el menor resentimiento, los acompañaba. Con el debido recelo, pero cordial. En cambio a usted...

—¡Chis, chist! Habíamos quedado en que usted no es juez.

—Por suerte para usted.

—¿Le parece poco la cámara asfixiante?

Con hábil celeridad imprevisible, encerró Jasper la muñeca derecha de Wilder. Estaban de espaldas al minúsculo mostrador.

Dijo secamente:

—Le noto alegre, estrangulador.

—¿Qué quiere? ¿Qué solloce?

—Se me antoja que está usted demasiado contento, tras un despertar como el que tuvo.

—Esto, salvo error, es un avión. No puedo apear-me en marcha.

—Lo que me escama es su regocijo actual.

—Reservo mi pataleo y las imprecaciones para el verdugo.

—Cuando le ofrecí en la butaca un jugo, estuvo usted a punto de patalear e imprecar. Nos levantamos. Vinimos aquí, y está usted muy eufórico.

—Es la gran desventaja de ser cazador, Jasper. Siempre sospechan que el conejo les apunte con una escopeta.

—Usted acumula puntos sospechosos en su favor. No me refiero a su asesinato. Quedó claro. Me refiero a su huida cuando salían del tribunal, ya sentenciado.

—Huir era mi único privilegio.

—En la carretera, unos técnicos asaltaron el coche celular. No los pudo pagar usted. Por donde ha ido, ha sembrado dólares. No los tenía encima. No los retiró de ningún Banco.

—Todo muy cierto. ¿Y qué deduce? —sonrió Wilder, metálicas las pupilas.

—Los dos técnicos que muy ingeniosamente asaltaron el celular, pueden estar en el avión.

—Si yo tuviera guardaespaldas, Jasper, no me hubiera usted metido en este avión.

—Por si acaso, voy a hacerle una advertencia. Usted no se me escapará, porque apenas vea algo turbio en torno, le meto plomo en el cuerpo.

—Procure no ver visiones. Eso es todo, Jasper.

—Mi compromiso es llevarlo vivo, pero, en caso apurado, prefiero perder nueve mil quinientos y conservar mi piel.

—¿Nueve mil quinientos? Rara cifra de valoración. Supongamos que por sus molestias le pagan el diez por ciento de la prima ofrecida. Fueron tacaños en ofrecer noventa y cinco mil. Cien mil suena mejor.

—Les rebajé quinientos por el asco de tener que acompañarle, Wilder.

—Este café es excelente. Tomaría otro, salvo contraorden.

—Hágalo. El cocinero y *barman* es sordo. Queda advertido, Wilder. No cometa el error de confundirme con un párvulo. He escoltado a fugitivos más hombres que usted.

—¿Echaban fuego por las fosas nasales?

—No habían estrangulado a una muchacha confiada. Eran criminales, no canallas.

—¡Chist, chist! Ya vuelve a juzgar.

Wilder saboreó la segunda tacita de colombiano. Jasper volvió a empezar la lectura de la lista del corto pasaje.

Un pastor protestante con un apellido nudoso. Una colombiana. Dos hermanos... Tendría que echarles un vistazo a los dos hermanos. Quimby.

Una tal Diana Harding. ¿Diana Harding? No, no le sonaba.

Llegó el sexto nombre:

«Miss Melba Karel».

—Caramba, el mundo es un pañuelo —comentó Jasper—. ¿Quiere leer la lista del pasaje?

—No me interesa. Podríamos volver a las butacas. Son más cómodas. Salvo que le contraríe.

—Lo único que me contraría es no viajar en un «Superjet» sin escalas.

Ninguna ley podía prohibir a Melba Karel tomar aquel avión, puesto que podía pagarse el pasaje, y tenía en regla su pasaporte.

Butaca once.

Dos filas delante. Cuando el pasaje no era completo, también había estiba.

Debía repartirse la carga equilibradamente.

El firmamento, hasta entonces muy azul, se iba plateando. Plata turbia. Trucada por ramalazos de brocha gorda empapada en rojo.

En los trópicos, las tormentas estallaban con tanta rapidez como brevedad. Como el carácter de los nativos, que pasaba de la carcajada frenética a la mustia melancolía en segundos.

—Un viaje agradable, ¿no, Wilder?

—Según se mire. ¿Por qué?

—Somos pocos y silenciosos. Y eso que en primera fila hay un reverendo con apellido detonante. Winchester.

—Es una pena que no sea transformable en rifle a mi alcance.

—En segunda fila izquierda, hay dos hermanos, o por lo menos llevan el mismo apellido.

—Descarte sus sospechas, Jasper. Dos fueron los que me sacaron del celular, facilitándome la fuga hacia Miami. No se llamaban Quimby.

—Los apellidos nada significan. Además, dijo usted que no le interesaba

la lista. Y sabe el apellido de dos pasajeros.

—No soy ciego y sé leer de reojo. Además, nunca olvide que la palabra nos fue concedida para disfrazar nuestro pensamiento.

—Ya sé que a ratos perdidos es usted filósofo. A la derecha del reverendo, pero en la otra ventanilla, hay una tal Juana Maldonado.

—Lástima que estas butacas tengan el respaldo tan alto. Impiden ver.

—Dicha Juana puede ser negra como el tizón y adiposa. O esbelta y rubia.

—Llámelas, en nombre de la ciega justicia.

—Allá, a la derecha, cuarta fila, Diana Harding. ¿Le dice algo?

—¿Y a usted?

—En Panamá, cambiaremos de avión, Wilder. Está usted poniéndose demasiado contento.

—Conformidad filosófica. No somos nada. En la gran bola de estiércol que es el mundo, ¿qué somos? Un pedacito de la gran bola.

—Ese pedacito lo será usted. La pasajera última, dos filas ante nosotros, se llama Melba Karel.

—Es siempre asombroso comprobar la infinita pequeñez del orbe, y la insondable estupidez de sus habitantes. ¿Quiere un pitillo, Jasper?

—De usted, ni cerillas. ¿Quién le dio este cigarrillo?

Craig arrancó el cigarrillo de la zurda de Wilder. Llevaba la contraseña de las dos alitas de la compañía de aviación.

El joven miró a la que, al otro lado del pasillo, ocupaba la única butaca.

—¿Desea algo, señor Jasper? —preguntó la azafata.

—Sea buena chica y no le dé nada a mi vecino. Soy muy nervioso, ¿sabe? Y me imagino conspiraciones y tonterías por el estilo.

—Perdone. Su compañero se quedó con el paquete cuando usted lo pidió.

—Es verdad. Tome el dichoso paquete, Jasper. Y no se meta con Marcia.

—¿La conoce?

—Desde el mismo instante en que usted la llamó por su nombre.

Guardó Jasper la cajetilla. Abrió el cigarrillo que le había quitado a Wilder. Lo fue desmenuzando minuciosamente sobre su palma. Dijo:

—Lee uno tantas novelas, que acaba por creerse estas monadas del criminal que prefiere morir chupando un pitillo impregnado en almendras amargas.

El avión trepidó repentinamente.

Marcia Scott se dirigió a la carlinga delantera.

En torno al avión, el firmamento era algodonoso. Se encendieron las luces.

—Le cabe una esperanza, Wilder. La tormenta obligando al aterrizaje forzoso sobre la panza. Y usted el único superviviente del encontronazo

con el duro suelo.

—Me contentaría con que no lo fuera usted.

—Por lo píenos, los dos no nos engañamos. Y me place. Hola, hola... ¡Caramba, qué sorpresa, dijo el monaguillo! ¿No conoce a esta maravilla de mujer, Wilder?

Melba Karel vino a sentarse en la butaca desocupada por la azafata.

Preciosa con su blusa coral, y el dos piezas crema, pensó Jasper.

—Buenos días, Melba. Me llamo Craig Jasper. Le presento a Edgar Wilder. Millonario de cuna. Filósofo deportista por afición. A ratos perdidos, estrangulador de mujeres. ¿Romántico, verdad, Melba?

—Los pasajeros que están delante mío, han comentado que, en esta zona, los pilotos prefieren aterrizar, si las brumas se espesan —dijo ella.

—Está resultando un viaje emocionante. Mi vecino se extrañó al despertar. Tuve que contarle mi truco. Soborno a un camarero. Mi vecino es misógino. Odia a la mujer. No quise añadirle más odio.

Melba Karel, ladeada, avanzó el busto. Un prodigio de rotunda elasticidad, sin ayuda de soporte, calculó Jasper. Decía ella:

—Cobré quinientos dólares para evitar el transporte en ataúd, Edgar.

Envarado, Wilder no la miraba. Replicó amablemente:

—Tu sinceridad es tardía y estúpida, Melba. Si mi vecino te compró por una miseria, yo hubiese podido darte mucho más, desgraciada. ¿Cuánto llevaba yo en mi cartera, Jasper?

—Exactamente, doce mil trescientos quince. Pero Melba ni vendió a su dormitorio ni su alma. Se limitó a ayudar a un cazador de alimañas:

El avión remontaba. Acercándose, dijo Marcia Scott:

—No será preciso hacer escala antes de Panamá. La visibilidad es buena, y dejamos atrás el núcleo tormentoso.

—Mala suerte, Wilder. Oiga, Marcia. Suplique al radio que le entregue, con su firma, la copia del siguiente mensaje a Sam Mulliner.

—Dícteme, señor Jasper —pidió ella, lápiz en ristre sobre un cuaderno.

—La receptora está en el código de sintonías del radio. El destinatario es Sam Mulliner, delegado en la ciudad de Cristóbal, de la Interpol. Esta pegajosa policía internacional, ¿sabe, Wilder?

—Gracias por instruirme.

—El mensaje es mi petición de que acudan a recibirme al aterrizaje. Cuando el radio haya obtenido la respuesta afirmativa, que le entregue ambas copias firmadas. Gracias, Marcia.

Ella se fue.

—No se fía usted ni del radio, Jasper.

—Por eso sigo fastidiando hasta su último suspiro a tipos como usted, Wilder. ¿Por qué está tan tristonza, Melba? Pronto conocerá la Meca de los triunfadores, la Estatua de la Libertad, el duro aprendizaje de las guapas en las agitadas mil y una noches de asco...

—Jasper es un humorista, como habrás podido apreciar, Melba. Habías prometido contarme tu vidita. Si el cazador te permite colocarte delante, arrodillada en la butaca, y dando la cara por una vez, estarás en la posición adecuada.

Consultaba ella a Jasper, que encogió los hombros. Proseguía Wilder:

—Una vida interesante, seguramente. Nació en Estocolmo, hará unos veinticinco años. Recorre países donde su blancura de nieve y su apariencia de volcánica incendiaria, es muy cotizada. Pero nunca creyó Melba que ganaría quinientos «pavos» en una sola noche, sin tener que exponer su virtud o virtuosismo.

—No me ofenden los sarcasmos, Edgar.

Ella pasó a la butaca delantera a la ocupada por Jasper. Cruzó los antebrazos sobre el respaldo. Su rostro quedaba a escasa distancia.

—Así parece usted el prisionero, Craig.

—Lo soy. De mi compromiso.

—La moralidad de Jasper vale diecinueve veces más que la tuya, Melba. Exactamente nueve mil quinientos.

—El arriesgaba más que yo, Edgar. Es tu derecho intentar ofenderme, pero mi conciencia nada me reprocha.

—Ya está bien, preciosa —invitó Jasper—. Siéntese y duerma un poco. Las ojeras le taladran las sienes.

Melba Karel se deslizó hasta quedar acurrucada, invisible.

—Hasta ahora, todavía no me lo ha dicho, Jasper —sonrió Wilder.

—¿Qué es usted un cínico repulsivo?

—Vale usted mucho. Casi adivina el pensamiento.

—Procure adivinar hasta dónde puede llegar. Me dolerían los nudillos si tuviera que partirla la boca.

—¿Por qué diablos van a tener siempre razón los jueces? Caben errores judiciales. Hay circunstancias adversas.

—Ya que de algo tenemos que hablar, recordemos que tuvo un abogado defensor soberbio. Él no va más de la elocuencia. Perdió peso, presentándole patéticamente como inocente, como víctima de un error judicial, como un pobre loco. Hubo testigos, jurado, médicos, y toda la pesca.

—Y la justicia humana es infalible.

—No, pero durante su ausencia, el Supremo ha ratificado la sentencia. Si usted es inocente de la acusación, yo soy Américo Vespucio.

—Si el propio fiscal tuvo momentos de duda, ¿por qué usted no?

—Intente emocionar a Melba, que, agazapada y sobrecoigido el aliento, escucha ansiosamente. Las mujeres adoran el folletín, y son propensas a creer en la víctima de un error judicial, sobre todo si el protagonista es un tío guapo por la fachada.

—Usted no es una fémina. Tuvo que haber notado algo curioso en mi

fuga. Ate cabos. Medite si he actuado como un criminal fugitivo... Fíjese bien en mi recorrido. ¿No es más bien el trayecto de un hombre que busca al verdadero culpable?

—Primero... Si existía otro culpable, no tenía por qué huir.

—Supongamos que no me fiaba de la buena voluntad policial. Recuerde que nadie es mejor servido que por sí mismo.

—Segundo... En Miami, en Key Largo, en Cristóbal, en Colón y en Guayaquil, empleó el mismo truco. Parapetarse tras una supuesta vampiresa, como un rico turista en vacaciones.

—¿Qué quería? ¿Qué fuese pregonando que buscaba a un asesino? Tenía que esconderme.

—No le quedaba otro recurso, mientras no diera con el escondite completamente seguro.

El avión remontó de nuevo para elevarse por encima de la espesa masa nubosa que de vez en cuando era surcada por un zigzag eléctrico.

La lluvia empezó a azotar los cristales.

Marcia Scott se aproximó, tendiendo a Jasper dos copias de radiograma.

—Ha sido transmitida su petición, señor Jasper. Consta la respuesta afirmativa, la firma del radio, y una contraseña en el mensaje de respuesta. El radio tiene sus dudas. El oyó: «Todas hieren, la última mata».

—Oyó bien. Esta máxima equivale a decir que es legítima la firma de Sam Mulliner. Gracias, Marcia.

Se fue ella al bar cocina.

Jasper quitóse el cerco que le unía al prisionero. Le cerró en rededor de la otra muñeca de Wilder.

—No se levante, ¿quiere? Me pondría nervioso. No sé si el practicante de a bordo sabe extraer balas. Las tormentas excitan mis nervios.

—Lo percibo. La postura es incómoda, Jasper.

Las dos muñecas estaban adheridas a la abrazadera tubular de la butaca.

—Para mí, no, Wilder. Si quiere levantarse, tendrá que arrancar la butaca de sus remaches. No tardaré mucho. Simplemente echarle un vistazo a los demás pasajeros.

Edgar Wilder se limitó a sonreír.

Era su derecho, pensó Jasper. Pero un cínico sonriendo inspiraba desconfianza al menos escéptico de los hombres.

CAPITULO III

Tuvo que asirse a los respaldos, en su avance. Le interesaban mucho los hermanos Quimby.

Logró sentarse con bastante precisión frente a las dos butacas ocupadas por los que en la lista llevaban el mismo apellido.

El que estaba junto a la ventanilla le examinó con curiosidad mientras Jasper se dedicaba a doblar el respaldo a su lado.

El otro, echado hacia atrás, se cubría el rostro con un pañuelo empapado en colonia.

Jasper sonrió hacia el pasajero de su derecha:

—Perdóneme, reverendo, si le molesto.

Thomas Winchester, cabello azafranado, rostro redondo, gafas sin montura, cerró su libro. El título era: «El candor del Padre Brown».

—No me molesta en absoluto, señor Jasper.

—Caramba, reverendo. Es usted un excelente colega del curita.

Y señaló Jasper el libro con las aventuras del famoso clérigo detective.

—Al entrar en el avión, le vi durmiendo, encadenado por la muñeca a otro pasajero. Miré la lista. Oí cómo la azafata le llamaba por su apellido. ¿Conoce a los señores Quimby?

—¿Qué tal? Mal viaje, ¿eh? —gruñó el de rostro visible.

El prototipo del yanqui emprendedor, exportando tras un despacho, y conduciendo con mano férrea negocios prósperos. Se presentó:

—Alvin Georges Quimby. Este es mi sobrino John Vincent. Es una calamidad y se marea en una balsa. Pero teníamos que estar por la noche en Miami. Somos exportadores con establecimientos en Guayaquil y Quito. Nos surten en toda la nación. Llevamos veinte años establecidos.

Craig Jasper rió jovialmente:

—Agradezco su espontánea información. No tengo derecho ni motivo para interrogarles. ¿Va también a Miami, reverendo?

—Sí. Es mi gira de conferencias.

—¡Ya está! No lo tome a chiste barato, pero cuando leí su apellido, me dije: «¿De dónde te suena Winchester?».

Rio cándidamente el pastor. Prosiguió Jasper:

—Su aclaración sobre conferencias, me ha iluminado. Usted es el predicador que en Harlem y el Bronx ha logrado redimir a muchos tipejos. Decían los periódicos que tenía usted un estilo apropiado a su apellido.

Explosivo.

—Me acomodo a los auditorios, pero he de hacerle una observación, mi joven investigador. Nunca he predicado en Harlem ni en el Bronx.

—¿Ah, no?

—Si hubiera aceptado su elogio, podría usted imaginarse que, bajo mi negro ropaje, se esconde un maleante. Descarte tal idea, Jasper.

—No lo haré más. Lo prometo, señor profesor —rió Jasper, diestra en alto.

Alvin G. Quimby señaló mudamente con la barbilla el respaldo que ocultaba a Thomas Winchester. Crispado el rostro en regocijo contenido. Dijo:

—Es lógico que usted cumpla con las exigencias de su tarea, Jasper. A mí no me molesta. Puede cachearme, si quiere. Le tengo mucha simpatía a los policías. Gracias a ellos, los comerciantes trabajamos protegidos.

—Agradezco su amabilidad. ¡Diantres, cómo se bambolea este cacharro!

Tuvo Jasper que abrazarse a un respaldo, en su avance en sentido contrario. Logró colocar horizontalmente el respaldo, y se excusó:

—Perdóneme, señorita Maldonado.

No era una adiposa morena, ni una esbelta rubia. Recordaba una versión bronceada de Elizabeth Taylor.

Agregó Jasper:

—Un mal viaje, no cabe duda.

Juana Maldonado aspiró el abierto frasquito. Seguía mirando al que, a su lado, pero dando la espalda a la carlinga, despidióse:

—Mil perdones.

Ella no replicó. Seguía aspirando su frasquito de punzante aroma a fresca lavanda.

Una orgullosa ricachona sudamericana, difícil de abordar, fue pensando Jasper, continuando en su regreso a popa.

El avión surcaba una zona en calma. Corría de nuevo el color azul plateado. Sin nubes.

La rabia que se sentaba en la sexta fila tenía algo detonante. ¿Se pintaba mal, porque era novata? ¿Exageraba la nota provocativa?

Era imposible vestir con mayor extravagancia llamativa.

Jasper se sentó a su lado, y atacó:

—Vaya mal viaje, ¿eh, Diana?

Ella asintió gravemente. Cruzadas las piernas muy en alto. Señaló Jasper:

—Tacones peligrosos, nena. Si se cayese desde esta altura, se haría pupa.

Ella rió como si el chiste de almanaque fuera un prodigio de gracia fina. Miróse los agudos tacones. Pareció entonces recordar que su falda

servía para cubrir la zona superior a sus rodillas.

La estiró, manteniendo las piernas cruzadas.

—He estado perdiendo el tiempo miserablemente, nena. Está usted aquí, y yo aburriéndome, allí.

—Más se aburre el otro. Tiene cara de granuja guapo, sádico y homicida.

—¿Quién? ¿El otro o yo?

Diana Harding incrustó su codo en el costado de Jasper, y afirmó:

—Usted es un fulano gracioso, ¡vaya que sí!

—Y tú estás insuperable, bombón. ¿Te han citado desde Hollywood?

—Todavía no. Pero llegaré.

—Al menos, llegarás hasta Panamá. ¿Bien contratada?

—En el «Almirante». Primera categoría.

—Una pena que no te viese por Guayaquil.

—Es que trabajaba en el «Potosí» de Quito, guapo.

Jasper barajó mentalmente dos suposiciones: o era una novata creyendo que exagerar la vulgaridad la hacía más seductora, o era realmente un portento de estulticia vulgar.

Pero era bonita. Su perfil, terco, voluntarioso. Una greña rubia rozó la mejilla de Jasper al preguntar ella en voz baja:

—¿El fulano que llevas prisionero es un asesino?

—No, no. Solamente estrangula mujeres.

—¡Bárbaro! ¿Y si se escapa?

—No hay miedo. Las rubias no son su tipo.

—¿Y a ti también te gustan morenas?

—Te lo diré en el «Almirante». Estás imponente, Diana. Hasta luego.

Levantándose, Jasper aplicó una palmadita en la repleta falda.

Después observó la mirada de disgusto o reproche de Melba Karel, y la más disimulada, pero de idéntico contenido, de la azafata Marcia.

A las dos debía parecerle una muestra de insensibilidad dedicarse a tomas de contacto con una profesional del placer, siendo el escolta de un condenado a muerte.

Sentóse junto a Wilder. Este, reclinada la cabeza a un lado, parecía dormir.

¿Buscaba inspirar lástima? Tenía la cabeza sobre la abrazadera de separación de las dos butacas. Una postura patética... y forzada por las esposas.

Craig Jasper encendió un cigarrillo. Siguiendo las volutas del humo, su imaginación vio signos de interrogación.

¿El reverendo Winchester? Ojos endiabladamente misteriosos. Plenos de humana sabiduría tolerante con la pecadora condición ajena. Un hombre de madura robustez, física y mental.

¿Alvin G. Quimby? El clásico tejano petrolero. Dólares por espuelas, y

por montura, la silla de un despacho. Un lince comercial, un aguilucho de las expor-impoort, con acciones en cualquier pozo de oro negro.

Su sobrino John V., el que se mareaba en una balsa, ni se molestó en alzar el pañuelo. Un hombre mareado, no está para convencionalismos.

Tío y sobrino. Las manos del sobrino podrían romper el espinazo de un rebelde capataz, de los que hacían trabajar a presidiarios, a sueldo de contratistas de canteras por las junglas.

¿Juana Maldonado? Desdeñaba a los entrometidos. Pese al zumbido, tenía que haber oído perfectamente la sonora voz de Alvin Quimby. Y la concisa y bien timbrada del reverendo Winchester.

En la causa vista contra Wilder, no se pudo comprobar si realmente, en uno de sus frecuentes viajes por el continente, había contraído matrimonio.

Pero la tesis fiscal alegaba que Wilder quiso desembarazarse de una novia, cuyo enamoramiento enajenado resultaba perjudicial para un hombre que tenía esposa en Sudamérica.

En Valparaíso, más concretamente.

Pero la chilena se llamaba Diana Castro. Había declarado en el juicio, y no tenía el menor parecido con Juana Maldonado.

¿Diana Harding? Una estúpida cabaretera de tercera clase, soportable con la complicidad de medio litro de alcohol en el cuerpo.

Porque lo que suscitaba Diana Harding era una humillante sensualidad.

En cambio, Melba Karel era distinta. Tenía clase. ¿Qué estaba haciendo en un cabaret ecuatorial?

Craig Jasper dejó de contemplar las espirales de humo. El reverendo Winchester pasó por su lado, dirigiéndose al bar de popa.

Jasper se ladeó en su butaca. Fingió hablar con Marcia. Así no presentaba la nuca.

—Ha mejorado el tiempo, Marcia. ¿Falta mucho?

—Hemos desviado un poco la ruta. Pero almorzará en Cristóbal. Estamos sobre el delta y hemos dejado atrás Buenaventura.

—Nombre prometedor. ¿Viajan mucho los Quimby?

—Hoy los conocí por vez primera. Con su permiso. El piloto.

Mostró ella la lucecita sobre la puerta de comunicación con la carlinga.

Se aproximaba Diana Harding. Le guiñó Jasper. Pasando, susurró ella:

—Tengo que airearme. La butaca me quema ya las sentaderas.

—No lo dudo...

Craig Jasper llevóse la diestra al sobaco.

Su última convicción fue que el avión acababa de embestir contra un inesperado rascacielos, o un picacho surgiendo de las nubes.

Una nube roja veló sus pupilas. Y tras el estampido, en su cabeza se instalaron densas tinieblas.

Se palpó la cabeza. En vez de cabello tenía trapo. Eso era. Un muñeco de trapo. Con estopa en el paladar, algodón en la cara y lanilla por todo el cuerpo.

Y era natural que la lanilla no pudiera soportar el peso de una mano que caía sobre más trapo. Trapo fino y frío. Una sábana.

Estaba seguro de que aquella cama la tenía incrustada en los riñones desde su más temprana infancia.

Años antes, un médico, porque llevaba bata blanca y hablaba doctoralmente, le había dicho:

—Ya está fuera de todo peligro, Jasper.

Jasper. El cazador de fugitivos. Craig Jasper, el que desconfiaba de su propia sombra. Y allí estaba convertido en un monigote.

Ponerle pestañas de plomo a un monigote de trapo era ya el colmo. Y muy desagradable cuando el muñeco empezaba a recuperar la facultad de pensar.

Recordó que la primera vez que vio a Sam Mulliner, de la Interpol, le había parecido un queso de Holanda sobre un barril.

Mulliner seguía teniendo el mismo aspecto. Colorado y rechoncho.

No se esfuerce, Craig. El masajista asegura que hoy mismo podrá usted dar unos pasos por la habitación. Veo que me ha reconocido. En sus labios leo mi nombre. Sammy. Y ésta es la clínica norteamericana de Cristóbal.

Craig Jasper asintió. Era listo el gordo Sammy. Le estaba ayudando a sentarse en la cama.

Y, materialmente, le colocaba blandos almohadones tras la dolorida columna vertebral.

—Ahora volverá el masajista, y quedará usted en condiciones de oírme, sentado junto a la ventana. Ha tenido suerte, Craig.

¿Suerte? Era como para hundirle el puño en el queso que tenía por cara aquel condenado Sammy. ¿Suerte, de qué?

Craig Jasper se durmió. Luego le fueron frotando vigorosamente. Poco a poco, todo el trapo iba siendo retirado. Le latían las venas, la sangre le circulaba, y la cabeza ya no era un adoquín. Le dolía.

Eran dos personas las que le estaban trasladando, para sentarle en una silla confortable. Una decía:

—Ahora vendrá Mulliner.

Percibía en el rostro una bocanada fresca. Se debía al abierto balcón ante el cual se elevaba el surtidor de la terraza.

Era bonito el panorama de la ciudad gemela de Colón. Muy distinta la americana a la hispano-criolla.

Cristóbal, higiénica, aireada, refrigerada, con «bungalows» edificadas sobre pilastras rociadas de insecticidas, con telas metálicas protectoras,

césped, pistas de tenis, e institutrices cuidando bebés rubios.

Colón era muy distinto. Era pintoresco, era abigarrado, era divertido.

Ya era capaz de coordinar. Sin ayuda de nadie, pudo coger el vaso sobre la mesita a su lado. Bebió calmosamente.

Su sed no se debía a la fiebre, sino a la ansiedad por saber.

No temblaba de debilidad, sino de rabia fría, obsesionante.

—Bien, bien, bien... Ya vamos a poder charlar —dijo alguien.

Sam Mulliner, que había empujado una mecedora, la hizo crujir bajo su peso, y empezó a mecerse frente a Jasper.

—Hola, Sammy. Me llamo Craig Jasper. Estaba volando en un «Haviland», mixto carguero. Hacía muy poco que habíamos dejado atrás Buenaventura. ¿Me oye, Sammy?

—Perfectamente. Habla usted reposada y serenamente, Craig. Esto es un buen síntoma. Dentro de tres o cuatro días ya podrá pasear por los jardines.

—¿Con un arito y un chupete?

Vaya... Bien, bien, bien... Ya está en forma.

—Estoy que muerdo, pero me contengo. Supongo que cuesta readaptarse a la vida normal. Ya empiezo a oír mi propia voz. Este vendaje es perfecto. Le falta tan solo un par de orejas largas y peludas de borrico.

—Ni mucho menos, Craig. Usted no podía predecir el accidente.

Sea misericordioso con un convaleciente, Sammy.

Vayamos por partes. ¿Cuántos días llevo así?

—Exactamente, siete. Desde que le recogieron unos pescadores de Medellín.

—¿Medellín?

—Sí, ya sabe, la región norteña de Colombia. Estaban pescando en el mar cuando usted cayó al agua.

¿Y estoy vivo? Ahora, por favor, cuénteme uno de miedo.

—Se lanzó usted a tiempo, en paracaídas. La herida de la frente se la hizo en un golpetazo con la puerta, al arrojarle al vacío.

—¿Estaba usted a bordo?

—La deducción es sencilla. El testimonio de los supervivientes. El avión se estrelló en la sierra costera de Atrato. Tuvieron tiempo de emplear los paracaídas, y aterrizaron...

—Un momento, Sammy. No soy técnico en accidentes de aviación.

—Los expertos dieron un informe documentado. Un defecto de funcionamiento en una hélice obligó al piloto a efectuar un viraje sobre el ala opuesta. No pudo recuperar la estabilidad. Tratando de planear, se estrelló contra los acantilados de Atrato. Los técnicos saben sacar toda la verdad examinando los desperdigados restos de un avión.

—No lo dudo. Y entre dichos restos, ¿qué encontraron en materia humana?

—Identificados, sin lugar a dudas, el piloto, el copiloto, el radio y la azafata Marcia Scott. El cocinero se lanzó en paracaídas, pero se estrelló. Rasgados los filamentos por una arista del aparato. O sea, que murieron todos los tripulantes.

—¿Wilder?

—También. Fue identificado. Seguía con las esposas en torno a una abrazadera.

—¿Los restantes pasajeros?

El reverendo Winchester está en el hospital de Colón. Se ha roto una pierna. Los demás, indemnes. Aterrizaron sin daño. Fueron atendidos por unos plantadores de cafetales. La compañía aérea envió uno de sus autocares a recogerlos.

—Yo caí al agua.

—Dicen los pescadores que el avión ya «daba de ala», cuando usted se lanzó. Vieron al avión seguir hacia el acantilado. Y estuvo usted de suerte.

—¿Por qué?

Porque si cae a tierra, se hubiese estrellado en los arrecifes. Una zona ancha, de dientes afilados rocosos.

—Por suerte, puse el acelerador a tiempo, ¿no?

—Una corriente de aire le desvió hacia el mar. Se sumergió, pero la tela señalaba su posición, le recogieron, atendieron y llevaron a tierra.

—¿Dónde?

El médico de Antioquía telefoneó a la compañía aérea, y ésta me notificó que usted se hallaba en Antioquía. Fui a buscarle. Pero no estaba usted en condiciones de ser trasladado. Anteayer, pude traerle aquí.

—Los técnicos ya han dictaminado accidente. Usted, Sammy, ¿qué ha determinado?

—Todas las declaraciones coinciden. El reverendo Winchester, los Quimby, Juana Maldonado, Diana Harding y Melba Karel se colocaron el paracaídas al dar usted la voz de alarma.

—¿Yo?

—Cuando el ala crujió, quebrándose, usted dio la voz de alarma. Y saltó, siguiéndole los demás pasajeros, menos Wilder naturalmente. No hubo tiempo. No debe reprocharse nada. Usted lo detuvo. Y al estrellarse, Wilder le ahorró trabajo al verdugo.

—¿Qué me pasa en la cabeza?

—Herida incisa, conmoción cerebral. La inmersión agravó el «shock». Pero ya está fuera de todo peligro. Se han interesado por usted, Melba Karel y Diana Harding. Visítelas en su primera salida.

—Lo haré. Tengo sueño.

—Es lo natural. Volveré por la noche.

Craig Jasper, que llevaba largo tiempo con los párpados cerrados, los entreabrió. Y Mulliner se apresuró en argumentar:

—Todo está clarísimo, Craig. No se figure extravagantes misterios inexistentes. Hasta luego. Descanse a fondo, y quedará como nuevo.

—Hasta luego, y gracias por todo, Sammy.

A solas, Jasper, ojos cerrados, sostuvo un silencioso diálogo.

—«Todo está clarísimo, Craig. Nada de imaginarte historietas tremebundas y truculentas. Descansa a fondo».

—«Un as de la Interpol como lo es Sammy, dice que todo está cristalino como el agua de manantial. ¿Quién eres tú, imbécil, para atreverte a llevarle la contraria a un as de la investigación?»

Se frotó las manos. Las notaba muy vivas, muy impacientes.

—«Tienes una ventaja sobre Sammy. Estabas dentro del avión, Craig. El, no. Una ventaja enorme».

Alguien entraba. Bata blanca, pechera lisa. Médico.

—¿Cómo va ese ánimo, Nemrod, campeón de los cazadores?

—Espléndido, Esculapio, rey de las reparaciones. No tengo pitillos, y siento un hambre feroz.

—La enfermera le traerá lo necesario. Celebro encontrarle en forma, Jasper.

Y yo, poder verle a usted, doctor.

Poco después, la bata blanca que entró, no era lisa en la pechera, sino muy buchona. Pero Craig Jasper estaba aún algo resentido contra las mujeres.

Todas se le antojaban misterios indescifrables. Y la última... pudo haberle matado.

La enfermera le colocó el pitillo entre los labios, encendió y dijo:

—Vuelvo pronto.

—Gracias.

Fumaba lentamente, con deleite. Alguien empujaba un carrito. Hacía ruido con platos, tenedor, cuchillo, cuchara, vasos. Una sinfonía agradable.

—«Estabas en el avión, y diste un grito. La voz de alarma. ¡Sálvese quien pueda! ¡Mujeres y niños primero!»

«Y te tiraste de cabeza contra la puerta. Francamente deplorable, hombre. Como un ternero aterrorizado en una estampida. Suerte del viento y de los pescadores».

—Pescado, jamón y leche malteada, señor Jasper. ¿Le ayudo?

—No, gracias. Tengo que ir haciendo ejercicio.

«Eso es. Tienes que ir haciendo ejercicio. No saldrás de aquí hasta que no estés en condiciones de felicitar a los supervivientes. Aunque estén repartidos por los siete puntos cardinales».

«Siete son los pecados capitales. Cuatro, los puntos cardinales, hombre».

—¿Cuántos puntos de sutura me dieron, Mary?

—Seis, señor Jasper. ¿Cómo sabe mi nombre?

—En el comatoso lecho, algo oía. Atacaré el jamón, Mary. Eso es. Empezaré por el dulce jamón.

La enfermera rió. Ignoraba que la mimosa entonación de Jasper se debía a un íntimo rencor hacia dos misteriosas pasajeras: Diana Harding y Melba Karel.

CAPITULO IV

Colón. Estrechas calles, salientes balcones de madera, y fauna internacional.

Marinos escandinavos, ondulantes orientales, negros, mulatos, esclavos y australianos. Turistas con «salakof», explorando la jungla nocturna portuaria.

Mestizas frágiles, europeas maduras, indias, americanas de todas latitudes, encuadrándose en las ventanas. Abriendo y cerrando maquinalmente sus batines.

Interpelando a los que pasaban con una sola frase en varios idiomas.

Ningún ropaje ni rostro llamaba la atención en un ambiente donde lo raro y exótico era lo normal.

Un individuo vestido de dril blanco, con esparadrapo surcando en diagonal la frente, era uno más de los centenares de extranjeros deambulando provisionalmente por aquella encrucijada de continentes.

Y el «Almirante» era uno más de los millares de cabarets que jalonaban el litoral este y oeste, centro y sudamericano.

La única diferencia en el «Almirante» era que la bebida se pagaba a doble precio que en los demás locales de la misma calle.

El público era algo más selecto. Y las atracciones que desfilaban por el tablado, más escogidas.

Craig Jasper dejó de apoyarse en el bastón con codera. Estaba bien allí. Sentado en un rincón, protegido. Y refrescado por el abaniquero de las pequeñas palmeras artificiales, removidas por un ventilador.

—Cerveza «Polar» —pidió al atlético camarero.

Las atracciones eran un pretexto para el desfile de anatomías de todas las razas. La concurrencia no acudía para oír tiples de Opera.

Diana Harding cantaba con poca voz y en desacuerdo con la orquesta. Pero su interpretación de «Las olas de Waikiki» tenía gran éxito.

Aquel «bikini» negro, de brillante raso y gasa, acompañaba adecuadamente la ondulación.

Craig Jasper volvió a apoyarse en su bastón. Conocía el camino. Cinco dólares le abrieron la puerta de un aposento.

Una especie de camarote que demostraba prácticamente cómo resolver el problema de la vivienda. Había baúles con mayor espacio.

Pudo sentarse en un taburete. Al abrirse nuevamente la puerta, entró un denso aroma a jazmines.

Las rodillas de Diana Harding le rozaron. Sonrió Jasper.

—¿Se llamaba Caruso tu papá, nena? Dale un besito a Craig.

Ella hizo más. Sentóse en las rodillas de Jasper, de lado. Enlazándole el cuello, besó fraternalmente la mejilla masculina.

—Lo que voy a decirte es idiota, Craig —susurró.

En su garganta había como un nudo.

—De tus labios solamente puede brotar delicia pura, Diana.

—No me importa que no te lo creas. Pero lloré mucho, cuando pensábamos que habías muerto. No estabas con nosotros.

—Aquello debió ser de miedo. Estoy todavía un poco débil, chica. No abuses de mí flojera.

Levantándose, rió ella a carcajadas convulsas. La repercusión en su figura era de vértigo, meditó Jasper.

—Me visto y charlaremos, ¿eh, Craig? Iremos donde quieras.

—Estupendo.

Levantándose a su vez, cerró Jasper la puerta al adosarse en ella.

Diana sentándose en el taburete, fue quitándose el retoque, y disminuyendo el empastado de la boca.

Jasper se pasó el pañuelo por la mejilla.

—¿Con quién tocaste tierra, Diana?

—Fue espantoso. Algo que recordaré toda mi vida. No vuelvo a coger un avión, ni gratis. Cuando tú gritaste, yo salí despedida contra el fondo. Y gracias a Melba... Nos hemos hecho muy amigas.

—¿Qué te pasó con Melba?

—Yo quedé medio tonta. Fue Melba la que me ajustó el cinto con el trasto. No sé cómo pudo convencerme, pero llegué hasta la puerta que tú habías abierto. Melba me empujó.

Brazos en alto, hizo ella resbalar nylon sonrosado.

—Conté hasta cinco y tiré de una anilla. Las dos volvimos a encontrarnos en tierra. Yo me desmayé del miedo.

—No había para menos. ¿Y los otros, qué tal?

—El pastor se partió una pierna. Los Quimby estaban todo arañados. La sudamericana era la más tranquila, con Melba. Los encontramos un par de horas después. Desde arriba todo parece chiquito, pero pisando tierra, se cree una extraviada en una enorme selva. Se alegrará mucho Melba. ¿La has visto ya?

—Mi primera visita, recién salido, para ti, encanto. Además, pensé que Melba estaría ya en Nueva York. Iba allá.

—El accidente la impresionó horrores. Gracias a ella, estoy viva. Nos hemos hecho muy amigas. Hemos hablado mucho de ti.

—Me complace.

Diana se cambiaba los zapatos, por otros con menos tacón. Solicitó:

—Abróchame, Craig. Son una lata.

Jasper fue ajustando los grandes botones hasta el talle. Ella se irguió. Su coronilla rozaba la nariz de Jasper.

Volviéndose, rio divertida.

—Te queremos mucho Melba y yo. Cuando supimos que estabas vivo, nos entró una alegría espantosa.

Fue ahora Jasper el que rió, sinceramente divertido. Pero sus ojos le daban aspecto de tártaro afilando el sable de tortura.

—Figúrate yo, nena. La espantosa alegría que me dio; al ver que no estaba muerto.

—No ha sido grave, total.

—Un choque en la cabeza, y uno funciona sin darse cuenta. A buena hora, consciente, iba yo a lanzarme al espacio, sin agarrarte.

—Guasón —rió ella, hincándole el índice en el pecho.

—Me hubiera gustado que fuera como un Superman. Los dos por los aires. La chica de rechupete y el chico valiente.

—Siempre de buen humor. Ya me lo dijo Melba. «Craig es unguasón simpático, aunque tenga cara de malayo cruel».

La excesiva proximidad empezaba a alterar el dominio de Jasper.

—Estás insuperable, chica. ¿No protestará el dueño, si te rapto?

—Soy muy libre de salir contigo, ¿no? Además, nos vamos por la salida de las estrellas. Yo lo soy.

—¿No actúa Melba?

—Prefiere descansar. Tiene ahorros. Podemos ir a verla, si quieres.

—Vamos. Pero así, sin avisar, ¿la encontraremos?

—A estas horas, ya duerme. Sí, se está desquitando con sus ahorros. Bueno, los tiene, porque tú le pagaste el viaje.

—Fue mi agencia. Me envió mi parte.

—Entonces, tienes más plata que un petrolero.

Habían ya recorrido el pasillo. Abrió ella una salida posterior. El portero saludó amistosamente.

En la estrecha calle olía a fruta corrompida.

—Te ganaste nueve mil quinientos. Me lo explicó toda Melba. Ahora, eres un hombre rico.

—No tendrás mucha prisa en ver a Melba. ¿Por qué no charlamos un rato en aquel cafetín? Acogedor y tranquilo. Y tiene nombre prometedor.

El fluorescente dibujaba en arco sobre la entrada:

«LA GLORIA»

—El paraíso en la tierra —tradujo Jasper.

—Hay carteles con guasa —rió ella.

En el café, cuatro jugadores se increpaban en español. Por parejas.

—Si echas la sota, yo fallo, ceporro.

—Te subiste a la parra por cinco tantos, ansioso... Bastaba con sesenta.

En la herradura del mostrador, dos marinos norteamericanos enlazaban amorosamente a dos mulatas.

En un rincón, señaló el camarero chino una mesita entre dos biombos.

—Coca y Bacardí —pidió Diana.

—Lo mismo, sin vaso. El ron en el frasco.

Y a la vez meditaba Jasper:

«Esta embustera tiene un pánico cervical. ¿Por qué se quedó? ¿Por qué esperó mi salida?»

—¿En qué estás pensando, Craig?

—En ti. Me puso rabioso saber que viniste a visitarme y no te dejaron. Pero ahora te tengo al lado, y todo va fantástico.

—Sí, pero hay una pega. Yo no quiero pelear con Melba.

—¿Y por qué vais a pelear, siendo tan amigas?

—Ella está encaprichada por ti. ¡Oh, no me lo ha dicho, no! Pero hay cosas que una mujer sabe adivinar.

—Eso quisiera yo. Poder adivinar lo que hay tras el telón de una frente femenina.

—¿Por qué dices eso?

—Para saber a cuál de vosotras dos he de elegir. No por guapas, que las dos lo sois con rabia, sino a la más sincera.

Soy muy sincera cuando un hombre me gusta, Craig.

—Y tú me gustas un rato largo, chata. ¿Qué le pasa a ése? Por lo visto, también le gustas.

De! mostrador se habían ausentado los marineros y sus damas provisionales. Pero un tercer marinero de la Armada yanqui se aproximaba.

De largos brazos y redonda cabeza rapada, tenía mucho brillo en la negra tez, al detenerse ante la mesita.

En la zurda llevaba un vaso con un líquido que parecía jarabe de fresa.

En la diestra asía un sifón por la caperuza metálica.

Sonrió grotescamente, mostrando blancos dientes como teclas. Dijo:

—Hay que beber por la fraternidad. Una rubia, un moreno y un chocolate. Siempre hermanos. Siempre.

Jasper se rascó la barbilla con el mango metálico del bastón.

Diana Harding replicó, agresiva:

—Búscate otra hermana, gorila.

El marinero negro dejó el vaso sobre la mesita, y trató de enfocar el chorro del sifón, sin lograrlo. Salpicó.

Y, de pronto, volteó el sifón, empleándolo como martillo.

Jasper hizo coincidir su salto a un lado con el bastonazo.

El sifón reventó estrepitosamente sobre el borde del respaldo de la silla, donde un segundo antes se reclinaba Jasper.

El bastonazo en pleno cráneo frenó la acometida del negro que, por unos instantes, permaneció inactivo.

Pero su dura cabeza había encajado. Tendió los largos brazos con los dedos engarfiados hacia el cuello de Jasper.

El bastón asido por la punta aplicó una estocada.

El negro deglutió repetidamente con gran dificultad. La codera metálica había chocado contra su nuez.

El volteo del sifón, el bastonazo, el manoteo y el segundo toque de bastón, se sucedieron en cortos segundos.

Llegaron los dos camareros a cuyo cargo corría mantener el orden.

Expulsaron al negro, cuyas manazas se agarrotaban en sus ingles. Y caminaba encorvado. Tardaría en poder hacerlo derecho.

Porque el segundo bastonazo había sido complementado por un puntapié.

—Hay que ver, hay que ver —repetía Diana Harding indignada.

—Quedó visto —afirmó Jasper—. Un tritón con resaca. Debí enviármela la compañía.

Un suceso vulgar. Recogió el camarero los cristales rotos. Satisfecho porque el turista no reclamó la presencia de la policía.

—Manejas el bastón como un pirata la espada —comentó ella, maravillada.

—Vámonos antes de que regrese el chocolate. Tendría que comprarme otro bastón.

En la calle, examinó Jasper los alrededores. No había rastro del gorila de ébano.

—«No te figures extravagantes misterios inexistentes, Craig, te dijo bien sensatamente Sammy. Un suceso corriente. Un marinero con el licor pendenciero».

—Un poco más y te abre la cabeza, Craig —suspiró ella.

—Nada como un sifón para que le lleven a uno a la mesa de trepanación.

—Te falló por pelos. Estoy aún toda temblorosa.

Meditó Jasper en algo contradictorio. Un negro incapaz de lanzar el chorro dentro del vaso, había estrellado en cambio matemáticamente el sifón, donde una fracción de segundo antes, tenía él la cabeza.

—Dicen que los negros son rencorosos, Craig.

—Este dormirá toda la noche sobre una barandilla.

—Yo, en tu lugar, lo denunciaría.

—Encontrar un chocolate con aspecto de orangután bien alimentado, entre los componentes de nuestra escuadra, equivale a buscar a una chinita de ojos rasgados en Hong-Kong.

—Aquí es donde reside Melba.

Subieron unas escaleras. El hotel era limpio, tranquilo y con reserva del derecho de admisión.

Melba Karel revestía una púdica bata larga y sin concesiones visuales. Sonrió, tendiendo la diestra.

—Me alegra volver a verle, Craig. Ya le habrá contado Diana que estuvimos muy preocupadas pensando en usted.

—No lo dudo. Al fin y al cabo, éramos pasajeros del avión. En parte, celebro que no siguiera viaje a Nueva York.

—Lo aplacé. Los nervios aún sacudidos, ¿comprende? Además, supuse que a lo mejor quería usted preguntarme algo.

—Poco. Me he empapado los informes y las declaraciones. Todo coincide. Por más receloso que pueda ser, no les voy a llevar la contraria a seis testigos.

Asentían ambas, muy sincronizadas.

—Seis testigos afirman que yo grité dando la voz de alarma. Queda atestiguado que el cadáver de Wilder ya no podrá estrangular a nadie. Puedo, pues, regresar tranquilamente a Nueva York.

—¿Cuándo se va? —preguntó Melba.

—Mañana mismo, posiblemente.

—¿En qué barco?

—Avión.

Pero, ¿es posible? —exclamó Diana—. Yo no volveré nunca a volar ni en un tiovivo.

—¿Cuándo la veré por Nueva York, Melba?

Diana y yo hemos decidido, a fin de semana, embarcar en el «Cormorán». ¿Por qué no viene con nosotras?

La agencia me reclama. Ya volveremos a vernos. No se molesten. Me gusta pasear al claro de luna.

Por la calle, caminando lentamente, pero muy rápidos los ojos, Craig Jasper pensaba que la elección era difícil.

Aparte de ser ambas bonitas, una demasiado vulgar, otra demasiado fina, las dos tenían punto en común, mentían con una abrumadora sinceridad.

CAPITULO V

A la mañana siguiente despidióse de Sam Mulliner. Su avión partía a las once cuarenta. Fue a la clínica británica.

Encontró al reverendo Winchester leyendo «La ingenuidad del padre Brown». Se le veía contento de estar respirando, pese a su pierna enyesada y suspendida.

Hechos los intercambios de información acerca de su mutua salud, el reverendo no aguardó a ser preguntado.

—Usted tal vez recuerde que, poco antes de la rotura del ala, yo pasé en dirección al bar. Pedí una limonada natural. Fue entonces cuando entró corriendo Alvin Quimby. Me traía el paracaídas.

Evocando, el pastor hablaba untuosamente:

—El avión bandeaba. El pánico se contagió. Confieso, avergonzado, que tuvieron que empujarme. No sé quién. Yo, a sangre fría, no me hubiese arrojado al abismo. Estuve sin sentido. Recobré la noción en la ambulancia que me transportaba.

—Lo esencial es que salvó la vida, señor.

—Cuando no se tenían noticias de usted, recé para que estuviera sano y salvo.

—Gracias, reverendo.

—A nuestro modo, tenemos el mismo ministerio. Yo pretendo encarrilar los pasos del hombre hacia el bien. Usted trata de evitar que el rebelde cometa mayores daños a la sociedad.

Camino del aeropuerto, Jasper eliminó de su lista de sospechosos al pastor. Era un hombre sincero.

Tenía las direcciones de Juana Maldonado, y la de los Quimby, en Guayaquil y Quito. No los encontraría ya en Miami. Estarían de regreso.

Pensaba en las musculosas manos del sobrino de tío Alvin. El mareado de cara constantemente cubierta por un pañuelo. ¿Por qué recordaba tan frecuentemente aquellas manos de estrangulador?

Se instaló en su butaca. La azafata era linda, juvenil y radiante de cordialidad. Sonriente, afirmó:

—Nos complace tenerle por pasajero, señor Jasper. Demuestra usted plena confianza en que un accidente no se repite tan de inmediato.

—Seguro que no, Mary.

—Me llamo Sheila.

—Si ronco demasiado escandalosamente, me despierta, Sheila. Tengo sueño atrasado.

Pero el zumbido del avión acompasaba su estudio mental. El diálogo que podía aclarar puntos muy oscuros.

—«El dios dólar puede haber comprado a Diana y a Melba».

—«Pero no a los Quimby, ni al reverendo, ni a Juana Maldonado».

—«El único pasajero que no se salvó fue precisamente Edgar Wilder. Calcinado con las esposas».

—«Los técnicos poseen una infabilidad casi acreditada por la obtención de un leve error sobre mil casos.»

—«Repasemos lo evidente. El reverendo y Diana estaban en el bar. Enfrente tenía yo a Melba. Y recibí el trompazo en plena frente, ¿no?»

—«Pudo ser la sacudida, al desprenderse el ala, la que te proyectó hacia arriba. Chocaste con algún resalte».

—«Y *groggy*, avisé a los demás, me ajusté un paracaídas, salté... Todo sin tener la menor idea».

—«El instinto de conservación hace milagros, Craig. Recuerda aquel minero de Kansas».

—«¿Qué diablos le pasó?»

—«Un caso increíble, que la Prensa detalló con abundancia. Una galería se derrumbó. El pico se le clavó en el cráneo, atravesándolo, hasta sobresalir la punta por su barbilla».

—«Caray... ¿Y qué?»

—«El minero anduvo por su propio pie hasta el exterior, apartando a los que, horrorizados, querían ayudarle. Fue al hangar donde en un armario estaba el botiquín y bebidas. Bebió un largo sorbo de coñac. Y cayó muerto, ¿comprendes?»

—«Ya... En efecto, el deseo de vivir, hasta en quien más reniega de la existencia, es imperioso. Pude gritar y hacerlo todo, como un autómata».

—«Piensa en otra cosa. En el zorro y caimán de Kempton, tu patrón. Debe ser interesante el caso que te espera».

—«Debe serlo. Cuando el tacaño de Kempton gastó triple tasa en dos cables idénticos, remitidos a intervalo de doce horas. Seis palabras elocuentes. Urge vengas. Caso magnífico. Gran prima».

—Gran prima, ¿eh? —rezongó Jasper, entre dientes.

También la había ofrecido una familiar de Wilder.

Una millonada. ¿Escandalizada y deseando cooperar al castigo del culpable? No la conocía. Ella solamente había tratado con Kempton.

Algo se infiltró en su mente. Recordaba un comentario de Kempton, al que entonces no prestó atención:

—Oye, es una rubia de campeonato. —Y trazaba unas curvas gigantescas—. De las que provocan rugidos impuros, solamente con batir las pestañas.

Un estilo de Diana Harding. Por fin, mecido por el monótono zumbido, logró dormir. No tenía sueño atrasado. Pero iba a necesitar acumular reservas de sueño.

* * *

Silas Kempton hubiera podido servir de modelo para un cuadro que quisiera representar al puritano severo, ascético y fanático. Era preciso conocerle bien para llegar a saber que era solo apariencia física.

Era taimado y escéptico. Con una sola finalidad: llegar a la cifra que se había fijado, y retirarse a un pueblo costero, para dedicarse a sus dos deportes favoritos: la pesca y el chismorreo.

—¿Qué tal, qué tal, gran hombre? Bien, estás bien... Te relucen las rendijas oculares como pupilas de gato montés. Me tuviste intranquilo, mecachis. Pero no importa. Lo conseguiste. Acabaste con Wilder. Recibí de Sam Mulliner la copia de todas las declaraciones. Queda archivado el asunto. Ahora, echa un vistazo a...

—¡Ostras! Déjame respirar, ¿no?

—Respiremos. ¿Te duele la brechita?

—En tu cabezota sería profunda herida. En la mía, pajita. A título de curiosidad, quisiera una copia de todo lo referente al caso Wilder.

—Pídesela a Molly. Pero ya debes olvidarte de Wilder rara concentrarte de pleno sobre el presidio de Staten.

Jasper se barrenó un oído con el meñique, antes de replicar:

—Debo estar todavía sonado. Creí oírte hablar de un presidio.

—Penitenciaria de trabajos forzados, si lo prefieres. Ha sido el teniente Trevor el que me lo sugirió. Te reconoce dos grandes cualidades: listeza y físico adecuado.

—¿Qué pasa con mi físico?

—Dice que tu cara es la apropiada para no despertar la menor sospecha entre los patibularios de Staten.

—¿Otra vez? ¿Encerrarme de nuevo?

—Triunfaste en Pittsburg cuando te hiciste el alma del plante. Y así lograste meter en cintura al reservón de Butch Minelli. Un gran triunfo. Me lo recordó el teniente Trevor. Ahora se trata de que te metan en la biblioteca del presidio.

—Por lo menos mejoraré mi cultura.

—Hay un francés, un tal Lambert, alias Panam.

—¿Panamá?

—No. En el argot francés, Panam es el nombre de París. Lambert es un parisino inteligente. Por falta de pruebas absolutas, le han condenado solamente a cinco años.

—¿Delito?

—Trata de blancas. Pero el teniente Trevor está seguro que si puede meterte junto a Lambert, se os facilitará la fuga. Y él te llevaría a la madre del cordero.

—¿Cuál es la oveja?

—Trevor está obsesionado, en contra de la opinión general. Asegura que Lambert es una pieza del engranaje sudamericano en el tráfico de drogas. Tú eres un experto. Y si te lo propones, Panam te cogerá cariño.

—¿Dónde está la gran recompensa?

—La ofrece Marcus Sullivan. Parte de la droga confiscada viajaba en sus barcos. Él quiere demostrar su completa inocencia. Acudió a Trevor, asegurando que si podía comprobarse que Lambert colocó la droga en sus barcos, a plena ignorancia suya, pagaría lo que fuese.

—Ahora que recuerdo, ¿no estuvo Wilder en la biblioteca de Staten, mientras esperaba a ser juzgado?

—Sí, pero olvídale. Concéntrate sobre Lambert.

—Me concentraré. ¿Quién pagó por el caso Wilder?

—Su prima. Consta en el expediente. Soy meticuloso. Te he preparado ya el expediente con todo lo relacionado a Lambert. Es un hueso. ¿Sabes cuánto he conseguido para ti, si aciertas?

—La centésima parte de lo que has pedido para ti, roñoso.

—Siempre de buen humor, el muy bestia. Vamos a medias, palabra.

—Yo los trompazos, y tú el dinero. Da igual. Me gusta. Soy así. Que me prepare Molly la copia del expediente Wilder, y me llevaré para su estudio el expediente Lambert.

Poco después releía Jasper el párrafo que le interesaba:

«Diana Paddington, hija única del que monopoliza los ferry-boats Norte, se presenta a las ocho treinta, previa cita. Ofrece sufragar los gastos, y veinte mil de recompensa, si contribuimos a la captura de su primo Edgar Wilder. Justifica su oferta. Era íntima amiga de Lilian O'Moore, la novia estrangulada. Transpira odio hacia Wilder. Abona cinco mil como anticipo. Será informada cada veinticuatro horas».

Esta era la anotación correspondiente a la persona que pagó sus viajes. Y la informaban cada veinticuatro horas de los desplazamientos del cazador.

¿Diana Paddington? ¿Diana Harding? Había una vulgaridad demasiado

llamativa en Diana Harding.

Jasper dio al chofer de taxi la dirección de una de las tres residencias de los Paddington. Eliminó la particular del financiero, y la veraniega de Albany.

Un mayordomo, señorialmente a tono con la mansión de Riverside, acompañó a Jasper a un salón.

—Con el permiso del señor, comprobaré si está en casa la señorita.

Si estaba en casa una «señorita», no podía ser Diana Harding.

La mujer que apareció en el salón no tenía nada de la provocativa exuberancia de la artista del bikini negro.

—¿Para qué desea ver a la señorita Paddington?

La pregunta era esperanzadora. Entre los dedos de la recién llegada, la tarjeta de la agencia Kempton crujía.

—Darle mi informe personal sobre un asunto de suma importancia para ella, en persona.

—Soy su secretaria. La señorita está ausente.

—¿Puedo volver esta tarde?

—Ella marchó a Europa, hace un mes. No creo regrese antes de fin del actual.

—Volveré, entonces, a fin de mes.

Visitó Jasper la Hemeroteca Municipal. Consultó el volumen correspondiente al año anterior, de una revista de ecos sociales, ilustrada con fotos a todo color.

Recorrió el índice en busca del apellido Paddington.

En efecto. Diana Paddington era rubia y acumulaba mucho «sexy». Tal vez vestida provocativamente, retocada con exageración y olvidándose del colegio, podía convertirse en la ondulante del bikini.

Pero, ¿con qué finalidad? Solamente había un recurso para comprobar si la Diana de Panamá tenía algo que ver con la hija única del millonario Paddington.

Esperar su regreso del «viaje a Europa».

Ahora ya podía concentrarse sobre el caso Lambert.

Un tipo muy interesante que conocía Sudamérica como su propio bolsillo.

—Un tipo muy interesante el granuja de Lambert —repitió el teniente Trevor—. Y creo que es usted el único que puede engatusarle, Craig.

—Veremos.

—El bibliotecario de pareja con Lambert en la sala sexta, pasará a enfermería. Esta misma noche, con la cena se tomará, sin saberlo, un tóxico que le dará una fiebre de caballo durante algunos días. Todo está preparado, tal como le he explicado. El alcaide pondrá el cebo.

El alcaide de la penitenciaría de Staten hizo un ademán.

Los dos celadores que habían acompañado al recluso 8866,

abandonaron el despacho.

Félix Lambert, licenciado en Filosofía y Letras, obtuvo el título a los veintiún años.

Era ahora el recluso 8866. Había acumulado mucha filosofía práctica en el transcurso de veinte años de no ejercer su legítima profesión.

Flaco y de suaves modales, era muy estimado por el hampa de diversos países.

Era muy aborrecido por los representantes de la ley en bastantes naciones centro y sudamericanas.

El alcaide habló severamente:

—Tiene cuatro años por delante por cumplir, Lambert. Puedo conseguirle una reducción de la mitad, o quizá el indulto.

—Una oferta que me perturba y emociona, señor. Lo triste es que ya no creo en Papá Noel.

—Tenemos indicios de que un recluso cuenta con ayuda exterior y se dispone a fugarse. Gánese su confianza.

—¿Tan confiado es?

—Ustedes están cortados por el mismo patrón. El recluso 9153 es un bribón redomado. Mejorando lo presente.

—Aprecio la sutileza de su humorismo, señor.

Puesto que su compañero de la sala sexta enfermó, podríamos remplazarle por el 9153. Usted tiene capacidad sobrada para ganarse la confianza del mismo.

—Puede intentarse.

—También podría usted intentar la fuga con el 9153. Sería una torpeza, imprudente y tal vez mortal.

Nunca me he tolerado los mortales pecados de imprudencia y torpeza, señor. Y si usted me ofrece el indulto, ¿a qué correr riesgos?

—Le hemos elegido a usted porque también el 9153, hace años, fue un hombre decente. Pueden congeniar.

—Lo intentaré. En definitiva, mi tarea consiste en ganarme la confianza del 9153 y fingir que, llegado el caso, soy su seguro chivato y servidor, señor alcaide.

—Eso es. No le prometo el indulto, pero sí la reducción a la mitad, y el beneficio de la condicional.

El recluso 8866 regresó al religioso silencio de la biblioteca. Los celadores de galerías entregaban las notas. Los reclusos bibliotecarios buscaban los libros solicitados por sus compañeros de prisión.

Inscribían los números de los solicitantes, y al mediodía efectuaban la primera entrega de libros.

En cada una de las seis salas había dos presidiarios. Tenían celda aparte. Y el privilegio de disponer, de seis a siete, de pupitre, papel y bolígrafos, así de como cuantos libros eligiesen.

Durante la mañana, el recluso 9153 realizó muy disciplinadamente su tarea. A las doce y media, en su celda, instaló los tres platos de aluminio en el tablero con bisagras y cadenilla que servía de mesa.

Comió en silencio.

Frente a él, empleando también como asiento el camastro, Félix Lambert comió con lentitud de sibarita... Sólo una vez habló. Señalando la rodaja de pescado, dijo:

—Te bautizo faisán, vieja merluza.

Craig Jasper permaneció impasible.

Antes de tenderse en el camastro, presentó Lambert su paquete de cigarrillos.

Craig Jasper denegó con la cabeza. No insistió Lambert.

Durmieron la corta siesta. Reanudando la tarea bibliotecaria de tres a seis.

A las seis, Lambert se instaló en su pupitre, dedicándose a dibujar un mapa consultando un Atlas Stieler.

A las siete y cinco tuvo lugar la silenciosa cena. A las siete y treinta, boca arriba en su camastro, Lambert hojeaba las páginas de un grueso volumen.

En la otra litera, Craig Jasper dobló su uniforme gris. Extrajo del petate un estuche de aseo, donde el compartimento de utensilios para afeitado y aseo de uñas estaba vacío.

Enjabonóse las manos, procedió a lavarse los dientes y se pasó el cepillo por los cabellos. Desde su camastro, opinó Lambert:

—Eres un charlatán infatigable, 9153.

—Vine a descansar, 8866.

—Lambert, Félix.

—Crichton, Jim.

—Cinco tacos de calendario por supuesto vendedor de carne para cabaret.

—Ocho tacos por supuesta participación en el atraco de la joyería Levine.

—Un judío. Le estuvo bien empleado. Hasta mañana, Crichton.

—Felices sueños, Lambert.

Craig Jasper durmió beatíficamente. A la noche siguiente aceptó el pitillo que le tendía Lambert.

—Le he cogido ojeriza a tu tierra, yanqui.

—Pero si América es la tierra de las mil oportunidades, Dago (^{2}).

—Lo será, pero también es la tierra de los mil polizontes entrometidos.

Me detuvieron en escala. Viajaba en compañía de dos paquetes.

—Depende de lo que contuvieran.

—Gracioso. Te consta sobradamente que eran dos nenas ambiciosas.

—No es mi ramo.

—Bueno, pues llevaba yo las dos mozas, rumbo a Caracas. No hubo manera de que aceptasen mi teoría. Un agente artístico como yo no ha de pagar contribuciones, puesto que ellas no venían contratadas como artistas, sino como mecanógrafas de minas.

—Yo no soy del gremio. Este negocio para mí es puro chino.

—Pues es la mar de sencillo. Hay montones de chicas bonitas que se queman las pestañas en oficinas. Si ganan treinta al día, les ofrezco sesenta, y viajar, ver mundo. Pican enseguida.

—Voy calando.

—Hay que elegirlas sin familia. Y lógicamente, de buen ver. Cuando llegan a la gran ciudad sudamericana, se amoscan, y si se presentasen al consulado armarían gresca. Pero el contrato es para el interior.

—¿Qué interior?

—De Méjico hasta Patagonia, el interior es siempre lo mismo. Factorías y villorrios en la selva, o en la costa, lejos de toda capital. Al principio, chillan y protestan. Luego, se acostumbran. Como ves, es un negocio mucho más sencillo que atracar.

—Tan sencillo que te han cascado cinco tacos.

—La ley yanqui tiene muchos trucos sucios. Empiezan a citarte contribuciones, impuestos, contratos ilegales, antecedentes equívocos, concomitancias con drogas que se hallaban en barcos donde uno viajó por casualidad... Un asco.

—Y que lo digas.

—Me quedé afónico hablando de coincidencias. Ni caso. Un fiscal sin la menor elocuencia, mencionó la ley cual, párrafo tal, apartado aquel, y aquí estoy.

—La injusticia hace estragos.

—En Francia me hubiesen absuelto. Allí se necesitan pruebas sólidas. Hay que atraparte con las manos en la masa. Y el código no tiene tantas variaciones sobre el mismo tema.

—Haberte quedado en Francia.

—También es verdad. Pago mi billete y te invito a merendar en la taberna Ricot, de Montparnó. Falta solamente meternos en el barco.

—Para ti saldrá dentro de cinco tacos. Aquí son muy gazmoños con los mercaderes de mecanógrafas. No te darán la condicional.

—Es indignante. Aquí prefieren un atracador a un vendedor de ilusiones como yo.

—¿Qué demonios de ilusiones vendes tú, Dago?

—Les ofrezco a tontas la posibilidad de hacerse ricas en poco tiempo. Oye, yo entenderé poco de rostros masculinos. Pero no tienes tú cara de conformarte con cumplir ocho tacos.

—Ni tú tienes hocico de chivato.

—Hay virtudes que saltan a la vista, Crichton.

—Antes te echaste un farol. Hablaste de que podías pagar tu billete. O me lo pareció, digo yo.

Félix Lambert avanzó la cara. Susurró:

—De tres a cuatro no hay ronda. Te despertaré.

—Felices sueños.

Dormía Jasper cuando le sacudieron por un hombro. La voz del francés, en su pintoresco acento y perfecto dominio del inglés, fue explicando:

—El alcaide me ha prometido la condicional si averiguo qué estás maquinando para fugarte. Te vigilan. Vete con tiento. Cuenta conmigo. Tengo muchos recursos en sitios formidables. En Panamá, en Colombia, en Ecuador y en el Uruguay.

Sin abrir los ojos, murmuró Jasper:

—Yo tengo una tía carnal en Canadá. O sea, que no tengo ni tía ni «ná».

—Mira, yanqui, yo suelo apreciar las bromas flamencas. Pero a veces conviene ponerse serios.

—Cuando se tiene con qué. Yo sí tengo con qué. ¿Tú qué ofreces?

—Estás fichado. Y si no dispones de medios seguros de escapatoria, fracasará.

—Va un leve dato. La hermana del guardián del rastrillo octavo lo está ablandando. Pronto sabré si lo consiguió.

—¿Y cómo pudiste ablandarla a ella?

—Elemental. Atraco cometido en zona del Hudson, hospedaje aquí. Noches antes del atraco, me cubrí, por si acaso.

—Vales un rato, Jim.

—Me camelé a la chica. Le propuse que si algún día iba a parar a Staten, viniese primero al juicio. Como espectadora. Le hablé a la mueca.

Craig Jasper se tocó la nariz, se estiró el lóbulo de la oreja izquierda, se torció la nariz.

—Fui dándole la dirección donde podía recoger tres mil dólares. Servirían para ablandar a su hermano y darme la salida asegurada hasta el garaje. Luego le prometí que los otros tres mil se los daría a ella en su casita.

—Si naces en otro siglo, dejás en zapatillas como estrategia prevenido al propio mariscal Condé. El que se compraba al enemigo antes de romper las hostilidades. ¿Dónde está la casita?

—Donde me esconderá la hermana del guarda que nos llevará hasta el garaje. El fulano está dispuesto a recibir el coscorrón bien medido en la cabeza y mantenerse firme en los interrogatorios.

—Pero apenas te echen de menos, saldrán corriendo a casa de la hermana del guarda.

—Todo previsto por el mando. Ella aguarda en casita aislada, lejos de la hogareña.

—Y en el garaje, ¿qué pasará?

—El lechero.

—¿Cómo?

—Saca en su camión las tinajas vacías. Por el camino, me despido a la francesa.

—¿El guarda?

—No dará la alarma hasta media hora después. Está solo. De turno en la galería octava que da paso al garaje.

—Oye, con todo cariño, declaro que tu plan parece infalible. Me apunto.

—Pero recuerda bien. Luego será tu turno de poner la grasa en las suelas para poder salir de los Estados.

—Hecho. Mañana me llamará el alcaide.

—Dile que soy duro de pelar.

—Somos.

Félix Lambert encendió entre las cuencas de las palmas. Exhaló humo con deleite.

Formando en el aire tres aros, contrayendo hábilmente la garganta.

Atravesó Jasper los tres aros de humo, con una bocanada rectilínea.

—Firma y rúbrica. Punto final, Lambert.

—Has hecho el gran negocio, Jim.

—Ya lo veremos. Mañana será otro día.

A la mañana siguiente, el alcaide miró interrogante a Lambert:

—¿Averiguó algo?

—Es duro de pelar el 9153. No escribe a nadie, no mantiene contactos con el exterior y apenas habla.

—En unos días no va a obtener confidencias de Crichton. Usted conoce mejor que yo la mentalidad de hombres como él.

—Seguro. Usted los tiene encerrados, pero yo los he tratado libremente, señor. Hay un matiz diferencia:

—En este matiz confío.

Por la noche, Craig Jasper colocó, sobre la mesita empotrada, un tablero de ajedrez. Dijo:

—Apriétate el cinto, Lambert. Va a empezar la partida. Firmé un recibo por el tablero y las piezas. No las estropees.

Tendió las dos manos, cerradas. Tocó Lambert la izquierda.

Pero en vez de darle el peón de salida, por ser blanco, tendió Jasper la pieza de su diestra.

Una torre.

Fueron alineando las piezas. Dijo Jasper:

—A las ocho menos diez, saliendo de los lavabos, Fel.

—Nuevo el alfil, Jim.

—Pegado como una lapa a mis tacones. Galería sexta, séptima y octava.

Tres minutos algo sudorosos. Si topamos con alguien, diremos que equivocamos el cami... ¡Jaque a la reina, gandul! No dirás que no soy jugador limpio.

El celador pasó de largo.

Félix Lambert se remojó los labios a chupetones nerviosos. Insinuó:

—Ya transcurrieron los tres minutos sudorosos... ¿Luego?

—El fulano tiene la cancela abierta. Pies volando al garaje. Cuando ya estemos tocando las tinajas, yo le daré el coscorrón. Este cambio de programa es mi toque maestro.

—Lo es.

—Lo llevaremos con nosotros, amarrado, y así entre sí coscorrón y las amarras, quedará el fulano más cubierto, y nosotros también.

—¡Jaque al rey, analfabeto! —exclamó Lambert, moviendo un peón tres casillas hacia un caballo.

—Estás boyante, palomo.

Se alejó el guardián.

—El recorrido del lechero es directo a la granja de suministro, donde deja las vacías, para recoger las llenas.

—Nosotros vamos de vacío.

—Tendré la pistola del fulano, pero es preferible no emplearla a lo loco. Hace mucho ruido.

—Estoy contigo. Una partida estupenda, Jim.

—No lo dudes.

Félix Lambert se pasó la noche recorriendo en la imaginación las galerías al salir de los lavabos generales. Sudaba.

Pero adquiriría valor, pensando que un experto como Crichton sería el mejor de los guías.

Al día siguiente, desde las siete y media hasta las ocho menos dos minutos, en que consiguió acurrucarse entre dos tinajas, Lambert sudó a mares.

No era el hombre de acción. Sí lo era el recluso 9153. Parecía como si lo tuviera todo preparado con precisión de maquinaria suiza.

El traqueteo de la furgoneta recorriendo el desierto camino hacia la granja suministradora, era ensordecedor dentro del compartimiento donde las voluminosas tinajas entrechocaban.

Lambert corrió como un gamo a través de un prado, lanzado tras el que, pistola en mano, saltó un seto y llegó al claro donde aguardaba un coche.

Algo deteriorado, pero de buen motor. Al volante estaba una mujer.

Molly era la excelente taquimeca de la agencia Kempton. Era también una formidable actriz.

Instalándose, apremió Jasper:

—¡Pisa a fondo, Molly! ¡A la cabaña! Todo va como una seda.

CAPITULO VI

La brigada de peones que trabajaba en las canteras distantes unas doce millas de la penitenciaría de Staten, abandonaron el trabajo para diseminarse en grupos hacia las cantinas.

Algunos preferían comer al aire libre. Dos de ellos para efectuar su almuerzo eligieron un paraje sombreado.

Desde allí divisaban la anchurosa extensión de quebradas naturales y grietas abiertas por barrenos.

Uno de ellos, masticando un emparedado de lechuga y salmón, dijo:

Allí hay un tipo durmiendo la siesta.

—¿Dónde?

—Al margen del surco norte, en el tajo dos, entre los barriles. ¿No le ves las piernas?

—No es del equipo. Lleva zapatos ciudadanos.

Ahora presumes de vista. Un sitio raro para dormir, ¿no?

—Y tanto.

Siguieron almorzando. Cuando uno de ellos, lavado el termo, volvió a ordenar su caja de comida, propuso:

—Será mejor que nos demos una vuelta hasta allá. Los accidentes pasan así. ¿Vamos?

—Andando.

Cuando llegaron al paraje sombreado, junto a los barriles, uno de ellos alzó la voz:

—¡Hey, ciudadano! Mejor que se despierte, y vaya a roncar a otro...

—¡Tú! Fíjate... No duerme. Está atado como una morcilla y con cable de barrenero. Llama al capataz. ¡Es un fugado de presidio!

El médico de las canteras hizo un informe documentado.

Profesionalmente, decretó que el desconocido, al ser hallado a las doce y media, estaba bajo los efectos combinados de una insolación y un «shock» traumático.

Conmoción debida a dos golpes propinados con un instrumento romo. Produjeron fractura del pómulo izquierdo, y contusión en la mandíbula del mismo lado.

Sus bolsillos habían sido vaciados de su contenido.

Los primeros policías llegados a la cantera encontraron las huellas de un coche que se había internado por aquellos senderos intrincados.

El indocumentado, que vestía uniforme gris con la mención Staten, fue trasladado a la penitenciaría correspondiente.

Craig Jasper no pudo dar la versión de lo ocurrido, porque continuaba inconsciente.

Todos los esfuerzos para encontrar a Félix Lambert fracasaron. Dos días después, cuando Jasper, mejorando, seguía aún inconsciente, fue hallada Molly Parker.

La encontró un leñador al norte del Maine, cerca de la frontera canadiense. Amordazada y atada concienzudamente.

Al principio, el leñador que la halló entre unos matorrales la creyó víctima de un robo.

Porque al verse libre de la mordaza, Molly Parker gimió:

—Mi bolso, mis joyas.

Y después, con voz aún más apagada, susurro febrilmente:

—¡Bruto asqueroso! Tengo sed.

Pudo beber a gusto, pero contenida en su voracidad por el médico.

Dijo que solamente declararía ante el teniente Trevor y Silas Kempton.

Su versión de los hechos corroboró las primeras deducciones del teniente Trevor y de Kempton.

Dos días antes, en el coche, Lambert, que daba la impresión de fugitivo muy inquieto, mirando constantemente hacia atrás, por si eran perseguidos, fue aquietándose.

Le explicó Jasper que podrían mudarse el traje de presidiario, cuando llegasen cerca de unas canteras.

Molly había traído la ropa necesaria para los dos.

La joven detuvo el coche.

—Y entonces, Lambert agredió a Jasper de una manera inesperada y original.

—¿Le mordió la nuez? —gruñó Kempton, malhumorado.

—Lanzó una piedra. Con tino. Una sola. La que rompió un pómulos a Craig y le hinchó el maxilar. Fue una pedrada seria. Lo dejó sin sentido.

—Háblenos de Lambert —pidió Trevor.

—Yo estaba sacando del bolso mi revólver. Él se me echó encima, quitándomelo.

—Sueles ser de armas tomar, Molly —recreminó Kempton.

—Pero es que este francés no lucha normalmente. Me atizó un rodillazo asqueroso. Sin la menor galantería. En pleno estómago. Perdí el sentido.

—Y van dos. ¿Qué más, Molly?

—Cuando me recobré viajaba en el coche. Mi postura, desde fuera, podía parecer normal. Pero tenía las muñecas atadas a las rodillas. A mi lado, Lambert vestía las ropas de paisano que yo llevé.

—Conducía él, y te dijo más o menos...

—Lo recuerdo palabra por palabra. Las remaché, allá tirada en la hierba.

—¿Qué dijo él, Molly?

—Dijo: «No he matado a tu fulano, porque en realidad, gracias a él estoy respirando aire libre. Pero te mataré a ti, si te pones tonta».

Pestañeó ella antes de añadir:

—No sé por qué, le cogí miedo. He conocido *gángsters* de todas clases, pero este francés tiene el arte de asustar a la más pintada.

—Es un especialista en domar hembras bravías... Sigue, Molly, querida, por favor.

—Dijo: «Cerca de la frontera te abandonaré ilesa si te portas bien. No soy un ingrato. Procura no llamar la atención. Hemos de parecer una pareja de aburridos granjeros. Eres joven, y supongo que aún no le habrás cogido murria a la vida».

—Y te portaste bien, como era lógico.

—Estaba convencida, durante todo el viaje, que si no obedecía, aquel bruto asqueroso me mataría.

—Llegasteis cerca de la frontera.

—No me quitó las cuerdas. Era media tarde. Hacía fresco. Tuve que caminar inclinada, temiendo que de un momento a otro me despeñaría.

—No te despeñó. Cada vez que te paras me exaspero, Molly —suspiró Kempton.

—Más exasperada estaba yo. De pronto, él me derribó al suelo. Fue vergonzoso. Como un vaquero marcando una ternera. Me amordazó, atando el remate que me rodeaba muñecas y rodillas, a un tronco.

Respiraba ella anhelosamente al solo recuerdo.

—Me quitó el anillo con la esmeralda, mi reloj con zafiros, y mi brazalete aniversario. Y mientras me desvalijaba, fue diciendo el muy cínico asqueroso: «Me olí la trampa cuando vi que la ropa y zapatos que me trajiste eran exactamente de mi medida».

Kempton gruñó algo malsonante.

—Y luego añadió el bribón repugnante: «Además, nunca me gustó Crichton o como se llame. Aunque le creí un verdadero atracador, y aunque no me hubiese imaginado el truco, también le habría tumbado. Porque era un tipo difícil. Un matón peligroso. Y escucha, monada, si un oso o un lobo no te comen, le darás recuerdos a Crichton de mí parte. Adiós».

Los recuerdos de Lambert se los dieron a Jasper al tercer día de la fuga preparada en todos sus detalles, salvo en imaginar la agresión de Lambert.

El teniente Trevor fue incisivo:

No es reproche, Jasper, pero está usted bajo de forma, desde su accidente de avión.

—Era imposible suponer que Lambert me atacase tan pronto.

—De acuerdo, pero el que va a pagar las consecuencias seré yo. Me rebajarán a sargento, si antes de un mes no regresa Lambert a presidio.

Silas Kempton fue más diplomático. Habló con evasivas:

—Debí comprender que tu accidente requería una convalecencia más prolongada. Tu cabeza no está hecha de granito.

Jasper volvió a palparse el vendaje en forma de semicasco con auricular. Percibía latidos en el pómulo hundido. Y repentinos alfilerazos, que le producían un vacío total en el cerebro.

El médico le advirtió que estas «molestias» eran normales, hasta que desapareciera por completo la contusión interna.

—En efecto, no tengo la cabeza de piedra. Y sea como sea, tiene razón Trevor. Estoy bajo de forma. Bórrame de tu nómina, Kempton.

—¡Hombre, caray! No seas impulsivo. Eso pasará.

—Me borras de tu nómina por un par de meses. Voy a tomarme un largo reposo, para recuperar las facultades y los reflejos. Me iré a la montaña. Aire puro, vida sana y toda la pesca. Ya son dos fracasos seguidos.

—Uno nada más, Craig.

—Dos. Y lo dicho, Kempton. Durante algunas semanas, no me verás el pelo.

—¿Vas a cazar a Lambert, por tu cuenta y riesgo?

—Quiero vivir algún tiempo tranquilamente.

A solas con Molly, anunció Kempton:

—Craig es ya un hombre acabado.

—Yo creo que no. Dará aún mucha guerra.

—Te repito que está acabado. Herido en su orgullo profesional y sobre todo, ha quedado malparado en su resistencia física. Los dos accidentes, uno tras otro, lo han embrutecido. Ha perdido su confianza en él mismo. Terminará mal.

—¿Por qué?

—Tuve otro cazador como Craig. Tras recibir una paliza demoledora, perdió el valor. Se convirtió en un maleante de poca monta.

* * *

Madame Dedé era una famosa institución recreativa en el poblado panameño de Salinas.

En el centro del istmo, Salinas, con sus casas sobre plataformas de pilastras, para evitar la humedad y los reptiles, era una aldea muy frecuentada por los funcionarios del canal.

Madame Dedé era una marsellesa que cada mediodía al despertarse, retocaba con agua oxigenada las raíces de sus cabellos.

Poseía un monopolio especial. Regentaba el único cabaret legalizado en Salinas. Se deshacía en melosas sonrisas para sus clientes. Tenía una dureza de pedernal para sus empleadas.

Una tarde, poco antes de abrirse el local al público muy abigarrado que lo frecuentaba, irrumpió en el saloncito de madame, una mestiza. Era camarera.

Anunció que un individuo acababa de derribar a la marimacho que actuaba de portera. La había tumbado de un alevoso rodillazo poco galante.

Es mi Félix suspiró madame, muy emocionada.

Despidió a la mestiza para contemplarse al espejo, que reflejó su cuello adiposo y el busto, que antes fuera de calidad, ahora desbordante en cantidad.

Félix Lambert efectuó su entrada. Dando un empujón con el pulgar al ala delantera de su jipijapa, recriminó:

En lo sucesivo debes advertir a tus guardianes que Bibi —y el pulgar chocó contra el pecho del que hablaba— es el amo aquí y en todas partes, ¿estamos?

—Sí, mi vida —gimió madame, extasiada.

Los arrullos para luego, mi leona. Estoy indignado. O sea, que Bibi, un hombre de los que ya no se fabrican porque rompieron el molde cuando nací, es acogido groseramente.

—Te juro, amor mío, que yo...

Cierra la boca que aún no es hora de que la abras. Decía yo que un hombre de mí calidad, que acaba de salir por sus propios medios del peor presidio yanqui, viene aquí, ¿y qué pasa?

—Te juro que castigaré a... Dime, dime, Félix.

—Un saco de sebo negro pretendía impedirme la entrada. Increíble. Y no es ciega la bestia negra esa. Es idiota. No sabe distinguir a un pichón de cliente de un caído como Bibi. Vas a leerles bien la cartilla a todas tus jacas. Que sepan quién soy.

Aceptó Lambert con magnanimidad el repertorio más selecto de las caricias de madame Dedé. Cenó con gran apetito. Y saboreando un coñac añejo, dijo:

Pasemos a lo serio. ¿Cómo va el negocio, leona?

—Podría ir mejor, querido. El material ya está algo pasado.

—Hay que renovar el género. Mañana mismo saldré a recoger paquetes.

Lambert partió en busca de nuevas artistas. Recorriendo poblados del interior, donde cualquier policía internacional o no era inmediatamente localizado.

Los numerosos fugitivos tenían tiempo de pasar a escondites más seguros. Lo que extrañó a Lambert fue el mensaje que le dio la dueña corsa de un «café-concierto»:

—Dos peces gordos preguntaron por ti, Félix. Dos yanquis.

—No me hables de yanquis. Les cogí tirria.

—Son dos capitalistas. Tienen negocios por Guayaquil y Quito. Se llaman algo... déjame ver, que lo apunté por algún lado... Aquí... Se llaman Alvin y John Quimby.

—No tienen el honor de conocerme ni yo a ellos.

—Manifestaron un gran interés por verte. No, no eran de la «bofia». Son dos exportadores de sólida reputación comercial y moral.

—¿Cómo lo sabes, chata?

—Estuvieron dos días aquí. Gastaban mucho. Y vino Bebert.

—Bebert es puro y sano.

—Bebert fue el que me informó lo que eran los Quimby. Dejaron esta dirección para ti, Félix.

—Supongo que les dirías que yo no resulto barato.

—Por eso mismo dejaron esta dirección. Consienten en que fijas tus condiciones y elijas sitio de la entrevista. Vendrá a hablar contigo el mayor de los Quimby. El llamado Alvin.

Lambert eligió un poblado cercano a la frontera venezolana. Cuando llegó Alvin Quimby, Lambert, mentalmente, lo calificó como el prototipo del hombre de negocios yanqui.

Y verbalmente lo demostró Quimby:

Reúne usted las condiciones apropiadas para fijar la cantidad que considere razonable y adecuada a la doble tarea que le podría encomendar.

—Dependerá de la tarea.

Recibo Prensa de Nueva York, con dos días de atraso. He leído todo lo referente a su huida en compañía de Craig Jasper.

—Allí se hacía llamar Crichton. También yo recibo Prensa de todas partes. Un hombre de negocios ha de estar al corriente de todo. El tal Crichton era un maldito cazador de fugitivos. Pero a mí no se me engaña fácilmente, Quimby.

—Mi sobrino y yo opinamos lo mismo. También opinamos que, dado el carácter de Jasper, hará lo imposible por volver a llevarte a presidio.

Me lo supongo. Es su derecho. ¿Y qué, con ello?

—Tengo un amigo muy interesado en evitar que vuelva a molestarle Jasper.

—¿A mí o a su amigo?

No se trata de nada delictivo. Solamente evitar que Jasper ronde por los alrededores. Si usted alguna vez viese a Jasper y me lo comunica a una dirección que le daré, estaríamos dispuestos a pagarle una cantidad razonable.

—¿Vivo o muerto?

—Alzó Quimby la diestra, con aspecto de puritano ofendido.

—No, no. No le interesa a mi amigo la muerte de Jasper. Nosotros no dudamos que Jasper, buscando el desquite, tratará de encontrarle a usted.

—Y yo sabré evitarlo. Descuide.

—Envíe un radiograma a esta dirección, con el texto que está al dorso. Exactamente este texto.

Cogió Lambert la cartulina. En el anverso parecía una tarjeta comercial.

JUANA MALDONADO

Avda. Libertador Edificio Columba
Puerto Esmeraldas

Al dorso, escrito con letras mayúsculas de imprenta:

ESPERO INSTRUCCIONES. STOP. EFECTUEN GIRO
BANCARIO. REFERENCIA COMPRA CONVENIDA. STOP.

“James Henderson”

—Lógicamente, hemos preferido que la firma James Henderson sustituya a su identidad.

—Sabia medida.

—Al recibirse este radio en Puerto Esmeraldas, le será girada la cantidad que usted estipule ahora. Naturalmente, a cambio de la verificación de que su informe es cierto.

—¿Cuál informe?

—Indicamos el lugar y zona donde esté sobre su pista Craig Jasper. Y entonces percibirá la cantidad que ahora estipulemos.

—Es difícil que pueda cifrarla ahora, Quimby. Ignoro el valor comercial que para su amigo representa Jasper.

—Puedo decírselo. Mi amigo no pagará más de lo que calibre generosamente comercial.

—Hábleme de la segunda tarea.

—Usted tiene medios para lograr dos buenos contratos. Para dos artistas que actualmente están en Nueva York. Debería ser un contrato que las decidiese a emprender el viaje.

—¿A Quito?

—No. A cualquier cabaret importante antillano, salvo Panamá. ¿Cuál es su comisión habitual en este caso?

—Depende de si son realmente artistas de atracción en pista, o son simplemente carne bonita.

—Una es artista. La otra no.

—Escuche, Quimby... Lo malo de estos negocios como el presente es que tienen espina.

—No comprendo.

—Usted es un presunto hombre honrado, y yo un granuja conocido. No empleamos el mismo lenguaje. Ni quiero estafarle, ni tampoco que me engañe. No desearía tener que indagar nada. Solamente me interesa percibir un salario decente.

—Señale precio por lo que le parezca misterioso y que se comprometerá a no intentar sondear bajo ningún concepto.

—La cosa ya va mejor. Ustedes, los Quimby, son ricachones. Les molesta Jasper. Si yo lo entrego a su amigo, para mí, Jasper, de pronto, vale un montón de plata. Sin regateos. Vendo a Jasper por cincuenta mil.

—Mi amigo me dio carta blanca. Hasta veinte mil Y otros tantos para contratar a las dos artistas. Redondeo hasta cincuenta mil por las dos operaciones, y su total discreción.

—Trato hecho.

—Usted puede atraer fácilmente a Jasper. Mucho más fácil le será contratar a Diana Harding y Melba Karel.

—¿Diana Harding? La conozco. Creía cantar y se imaginaba que bailaba rumbas. Una verdadera «vache». Ah, perdón, que no domina usted el puro lenguaje galo. Quise decir que era una mula. Un cuerpazo magnífico, pero la señorita tenía el capricho de no dejarse querer más que por quien le gustase. Una ruina. Cuando se emprende un oficio, hay que ser consciente y entregarse plenamente al trabajo. ¿Cómo dijo que se llamaba la otra?

—Melba Karel.

—La sueca que trabajaba en Guayaquil. Fina. Pero también estúpida. Hubiese podido ganar una fortuna si hubiese querido hacerme caso. No quiso. Prefirió, por lo visto, reservarse para el príncipe azul. Chasco.

—No nos mintieron al decirnos que usted era una enciclopedia en lo referente a todos los cabarets, desde la frontera sur de Méjico hasta Montevideo.

—Son doce años que trabajo esta ruta y mercado, Quimby. Cuente conmigo. ¿Dónde he de comunicar que los dos paquetes aceptaron?

—¿Paquetes?

—Las dos nenas.

—Lo da por seguro.

—Ninguna de las dos se negará. Las haré contratar por separado. En dos cabarets de Trinidad. Sin jactancia puedo decirle que el «Oro Negro», de Port Spain, es un gran negocio, porque yo me encargo de remitirle género de primera. Necesito un anticipo para gastos, Quimby.

—Por si aceptaba, traje cinco mil dólares.

—Usted es un perfecto hombre de negocios, Quimby.

—Y usted es pintoresco, Lambert. Sería curioso saber cuál es su meta final.

—Comprar un buen hotel en el sur de Francia. Y retirarme ya del vagabundeo. Con sus cincuenta mil dólares, puedo retirarme.

—Sabio es el hombre que sabe retirarse a tiempo, Lambert.

—Lo dijo ya Confucio. ¿Me consiente una pregunta, Quimby?

—Dígame.

—Pudiera ser que Jasper me pusiera en un aprieto. ¿Alteraría el trato pactado el hecho de que Craig apareciese flotando en un charco, o acuchillado en algún cabaretucho?

—Defenderse es de su propia conveniencia. Y solamente a usted le incumbe sobrevivir, Lambert. Adiós.

Félix describió un amplio semicírculo con su sombrero jipi.

Volvió al poblado donde le aguardaba el camionero transportista de chicle.

Reemprendieron la ruta selvática remontando hacia Maracaibo.

Tres días después, en Port of Spain, de la isla de Trinidad, Lambert sintióse dispuesto a ser confidencial.

En la choza al borde del mar, meciéndose en una hamaca, tomó por testigo a la hermosa chinita que parecía una muñeca de porcelana.

—Estarás de acuerdo conmigo en que soy un abyecto canalla, Musmé.

La chinita sordomuda cabeceaba siempre sonriente apenas Lambert hablaba. No sabía francés. No podía leer en los labios.

—Sentada la premisa que soy un infecto gorrino, establezco la atenuante de que anhele la sopita caliente de la vejez honorable y un funeral decoroso. ¿Qué mis caminos son muy sucios? Conformes. Pero la vida es una lotería, grandísima hija de Hong-Kong.

Musmé rió, contenta.

—Esta vez llevo el billete premiado. Basta solamente saber cobrarlo. No quiero darle la razón al polizonte que en Panam me presagió que los cerdos que elegían un puerco camino, acababan todos degollados. Tarde o temprano.

Lambert se pasó el índice por la garganta. La chinita, riendo, se desabrochó el cierre del alto cuello de su casaca sedosa.

—Yo no soy un cretino, Musmé. Quiero terminar a tiempo. Retirarme con una rúbrica final de talento. No soy un torpe maleante a la deriva, sino un genio. Lo demostraré. También eres genial, talento. Tal vez te lleve a la Costa Azul. De camarerita para todo.

La chinita siguió cabeceando, muy mimosa.

CAPITULO VII

En el parador montaños del Maine, el personal contemplaba disimuladamente, con mucho recelo, a Craig Jasper.

Su pómulo izquierdo hundido, la cicatriz de su frente y su taciturna expresión, inspiraban la idea de que aquel huésped solitario era un maleante planeando su próximo atraco.

Craig Jasper llevaba ya doce días acudiendo al mismo lugar, a media tarde. Contemplaba la variante gama de colores que adquiría el salto de agua entre las rocas de porfirio.

Un sitio tranquilo, alejado por igual del hotel, de la población y de la zona de taladores.

Se distrajo de su contemplación reflexiva.

Escrutaba a la mujer que iba ascendiendo por el sendero. Procedía del hotel, pero no la conocía.

Deportivamente calzada y vestida. Un cuerpo bonito. Cuando ya estuvo más cerca, la reconoció.

Sin base sólida, Jasper experimentó una sensación de incipiente triunfo. Como si apareciese una débil luz en el laberinto oscuro en que se debatía desde que le colocó las esposas a Edgar Wilder.

Melba Karel vino a sentarse en el rústico banco de madera, al lado de Jasper.

—¿Qué tal se encuentra, Craig?

—Pasable. ¿Y usted?

—Inquieta. Estuve esperándole en la ciudad.

—No recuerdo que hubiéramos concertado ninguna cita.

—Pero yo estaba segura de que usted vendría a verme.

—Indiscutiblemente es usted atractiva, Melba, pero salvo por esta razón, ignoro por qué daba por tan segura mi visita.

—Leí lo sucedido. Pregunté en su agencia y me dieron esta dirección. Acabo de llegar, y en el Parador me informaron que usted tenía por costumbre venir aquí y estarse horas y horas admirando el paisaje.

—Me he vuelto poeta lírico.

—Usted no es de los que pueden arrojarse en esta clase de poesía. No perdería el tiempo así. Contemplaría un panorama unos minutos a lo sumo. No horas y horas, día tras día.

—Últimamente he recibido una tanda de golpes en la tierna envoltura cerebral.

—Me agradecería oírle decir claramente que sospecha de nosotras. De Diana y de mí.

—Sería mentir. Yo no sospecho. Tengo la plena certeza de que ambas mintieron al relatar lo que ocurrió en aquel dichoso avión.

—¿En qué se funda?

—Déjelo. No tiene importancia. Simples divagaciones de un ocioso con la sesera abollada. Para mí, todo acabó. Tengo ahorros y voy a mudar de profesión. Contemplo estas arboledas, porque he pensado adquirir una serrería.

—Está mintiendo, Craig.

—Cuídese. No vaya a obsesionarse con la manía de que todo el mundo miente, salvo usted.

—Estoy en una situación muy difícil, Craig. Y no puedo hallar solución. La propia Diana no sabe que he venido a verle. Supondrá que he estado paseando por la comarca, antes de embarcar.

—Diana no es mala chica. Figúrese que llegué a pensar que se trataba de Diana Paddington, la prima de Wilder.

—¿Ella, la pobre?

—Eso es lo peligroso en mi antigua profesión. Aparte los mamporros. Se figura uno casas extrañas, porque brega uno con personas raras. Y antes de que derive en enfermedad obsesiva, debe uno abandonar. Empieza a refrescar. ¿Cenará en el parador?

—Vuelvo a Nueva York. Diana y yo embarcamos mañana por la mañana en el «Kingston», que hace escalas en La Habana y Trinidad.

—Viaje bonito. ¿A pescar salmonetes?

—Diana y yo hemos recibido una oferta de una agencia artística de Nueva York. Viajes ida y vuelta, pagados en primera lujo. Tres meses asegurados en el «Oro Negro», de Port of Spain. Ahora es el trimestre turístico allá.

—Pues buena suerte. Acuden por allá ricos besugos.

—Diana está muy contenta. Yo no.

—Las personas inteligentes nunca están contentas. Fíjese en los sabios. Siempre parecen micos tristes. Pero ya que tiene un magnífico contrato, debería brincar de alegría. Como Diana.

—Es que ella no tiene imaginación.

—Feliz ella.

—Yo podré estar equivocada, pero este contrato me aquieta.

—No haberlo aceptado.

—Siempre estaré inquieta, de ahora en adelante. Sin embargo, entonces... yo creí, al igual que Diana, que hicimos lo que debíamos hacer. No fue por el dinero.

—Aquí se hace de noche pronto, Melba.

—Será mejor. Así cuando no pueda usted verme, hablaré más fácilmente. Yo quiero darle una cita, Craig.

—¿Cita en Trinidad?

—Tengo la convicción de que Diana y yo terminaremos mal.

—Según se mire. Las hay que acaban casándose con millonario chocho.

—Vine dispuesta a encajar sus sarcasmos, Craig.

—No sea demasiado imaginativa, muchacha. Es muy lógico que contraten a una mujer bonita, con tal de que sepa pasearse por un escenario o tablado. Además, si teme algo, con no ir, asunto resuelto.

—Si nos sucediera algo en Trinidad a Diana y a mi... prométeme que usted irá allá.

—Resultará más sencillo todo, si usted pone los medios preliminares para evitar que le suceda algo. Simple sinceridad, Melba.

—No puedo decirle nada, Craig. Pero si me sucediese algo, si Diana muriese, y yo no pudiera escapar... usted irá a Trinidad. En el mismo Banco de Port of Spain donde al llegar dejaré, en una caja privada, mis joyas, dejaré también un aviso. En caso de muerte, solamente usted tendrá derecho a recoger mis joyas. Hay un brazalete con una placa de plata y marfil. Fíjese bien en la placa.

—No lo lleva puesto.

—Ahora voy a despedirme de usted, Craig.

—No sea lúgubre ni estúpida, muchacha. ¡Siéntese caray! Si se pone trágica, acabaría por echarse a lloriquear. Y nada resolvería con llantina a destiempo. Usted y Diana, allá en el aire o en tierra, presenciaron algo. Es posible que mintiesen, no por dinero, sino por compasión ante el que creían un inocente.

Melba Karel se estremeció, cruzando los brazos, crispando las manos en torno a sus hombros.

—Es pura imaginación mía, Melba. En un principio creyeron en un accidente. Casi sintieron alivio al ver que el hombre esposado no había muerto. ¿De quién era el cadáver que apareció esposado?

Dilatados los ojos, ella sacudió la cabeza, como pretendiendo ahuyentar una visión desagradable.

—Insisto en que todo es pura imaginación, Melba. Ya era tarde para rectificar, o alguien supo convencerlas a las dos. Empezaron a decirse que, si descubrían la verdad, serían castigadas como encubridoras. Por eso no acude usted a la policía.

Cerró ella los ojos. Temblaban sus labios.

—Tiene en la conciencia un interrogante terrible, muchacha. El accidente, ¿fue provocado? ¿No era Wilder un guapo inocente, injustamente acusado? El reverendo Winchester perdió el sentido. Nada vio. Nada sabe ¿Por qué no las mataron a ustedes dos?

—¿Por qué? —repetió ella tenuemente.

—Porque convenía más que atestiguaran que todo fue un accidente. No he conseguido todavía adivinar cómo pudieron colocar un cadáver que no era el de Wilder, esposado. Restos calcinados. De acuerdo. Todos atestiguando que era Wilder. Mentira. ¡Y al cuerno todos y todas! Yo no voy a devanarme más los sesos.

Encogió ella los hombros en gesto fatalista. Añadió Jasper:

—Pero usted sí que empieza ya a echar humo por todo el seso, guapa. Usted ahora sospecha que, tras el contrato, puede haber alguien interesado en suprimir a dos testigos, dos mujeres que algún día podrían hablar y revelar la verdad.

Le miró ella repentinamente. En la penumbra los ojos femeninos rebosaban temor.

—¿Sabe usted algo, Craig?

—Nada, ni me importa un pepino. Váyase tranquilamente a Trinidad. Le sirve de reconfortante saber que nadie, ni el más tunante ni la más lista, escapa con vida de este mundo. Fatalmente hay que morir. De pulmonía, de cangrejo, o sea de cáncer, de fastidio, acribillada, estrangulada... No se alarme. Le prometo que cubriré de blancos lirios su rinconcito de tierra en el cementerio antillano.

—Si yo ahora hablase... usted no me lo perdonaría.

—La absuelvo y no la confirmo porque aún estoy débil, angelito. Pero del mismo modo que decidió no ir a la policía, no vaya tampoco a Trinidad.

—Es igual, vaya o no. Siempre, de ahora en adelante, vería misterios en cualquier contrato.

—Tranquilícese. Si han decidido matarla, la estrangularán igualmente en Trinidad como en cualquier esquina europea.

—No sé por qué he venido, Craig.

—Porque es un mal peatón.

—No entiendo.

—Quiere y no quiere. Desea ir recto, pero teme el viraje. Y así es como se hace atropellar la gente indecisa. Usted ve llegar un coche, o una apisonadora. En vez de quedarse quieta, no sabe si echar a correr a la derecha o saltar a la izquierda.

Pegó Jasper una palmada en su puño izquierdo. Respingó ella. Dijo él:

—¡Zas! Atropellada, dulzura. Pero, en cambio, si sí queda quieta, el chofer puede maniobrar sin peligro para usted. Déjeme llevar el volante.

—No puedo. De veras. Mi secreto es también el secreto de Diana.

—Entonces, la solución es sencilla. Llévense las dos su secreto a la misma tumba, y al infierno.

—¿Qué haría usted en mi lugar, Craig?

—Confiaría en Craig.

Se levantó ella. El continuó sentado en la creciente oscuridad.

—Comprendo su temor, guapa. Si Wilder regresa a presidio, usted y Diana irían por unos años a fregar pisos de presidio. Puede evitarse. Yo puedo evitarlo. Casi tengo la certeza de que ni usted ni Diana sabían que el maldito avión se estrellaría.

—Adiós, Craig.

—Adiós, preciosa. Una despedida definitiva requiere música.

Entre dientes tarareó Jasper una extraña cantinela. Compuesta de dos sílabas en distinta escala: «ding, dong». Sonaba a marcha fúnebre.

—¿No tiene... no tiene usted alma ni siente compasión? —preguntó ella, volviéndose furiosa.

—Siento una inmensa pena por las dos embusteras que van a morir. Tengo mucha alma, pero ninguna compasión. Cada quién tiene la muerte que se busca. ¿Protegieron a un estrangulador de mujeres? Pongan el cuello en remojo.

—Adiós. Algún día descubrirá toda la verdad.

—Exacto. Cuando las entierren a las dos. Amén.

Melba Karel se alejó apresuradamente sendero abajo.

Quince minutos después intentaba, en vano, poner en marcha su coche alquilado. Vino el mecánico del garaje del parador.

Una avería que podía ser reparada en una hora. Unos cables de contacto cortados.

—¿Cortados? —repitió ella, inquieta.

—Pudo ser por desgaste.

Esperó ella en el mismo lugar. No quería volver a enfrentarse con Craig Jasper y su macabro humorismo.

Telefoneó al hotel de Manhattan, para decir que, por una avería, no llegaría antes de las once de la noche. La telefonista aseguró que lo comunicarían así a la señorita Diana Harding.

Diana Harding cenó a solas. A las diez y cinco entró en el ascensor. Estaba tan acostumbrada a que los varones de todas las edades la desvistiesen con la ansiosa mirada, que se ofendió.

Le ofendió el hombre que acababa de entrar en el ascensor, y que todavía no había recorrido visualmente su exuberante prodigio anatómico.

Debía padecer de la vista, o ser medio ciego, con aquellas gafas de piloto. Cristal negro, como antifaz, cubriéndole casi los pómulos.

El ascensor volvió a cerrarse a su espalda. Se dirigía ella hacia la puerta de la habitación, cuando comprobó que el hombre de las gafas negras avanzaba también por el mismo pasillo.

Introdujo la llave en la cerradura. Volviéndose, silabeó, agresiva:

—¡Lárguese, botarate! ¿Es que no ve que soy una muchacha decente, so cegato?

El interpelado alzó el antifaz de sus gafas especiales.

—¡Craig Jasper! ¡Ay, qué bárbaro! Estoy toda nerviosa. Me tiemblan las piernas, palabra... Así de pronto, apareces... ¿Y cómo supiste que yo estaba aquí?

Jasper empujó la puerta y a la vez a Diana. En el interior, sonrió:

—Esperaba un recibimiento menos tembloroso, chatilla. ¿No, me invitas a un traguito?

—Sí, cómo no, enseguida, Craig, al instante... Parece mentira... Ahora que me acuerdo, tengo que pedir bebida al bar...

—Déjalo. Y no te remuevas tanto, caray, que mareas con tanto vaivén. Me entristece comprobar que mi presencia te pone inquieta.

—¿Inquieta, yo? Vamos, hombre —rió ella nerviosamente—. Fue la sorpresa, y la emoción, todo junto.

—Una chica que desmiente la ley de gravedad demostrando que el volumen se mantiene en equilibrio sin caerse, tendría que tener el mismo aplomo que luce tu delantera.

Frunció ella la nariz, tratando de entender la parrafada. Añadió él:

—He venido a cien por hora, desde un pico montañoso, solamente para verte a solas.

—¡Ay, qué bien! —gimió ella.

Y más que sentarse, se desplomó en un sillón. Sentóse Jasper en el brazal.

—En el bolsín de cierto coche, encontré un bolso con documentación y una tarjeta de este hotel. Pregunté al conserje. Te vi chupar un helado de postre. Lo hacías con tanta satisfacción, que no quise amargarte el postre ni la cena.

—¿Amargarme la cena? Vamos, hombre, pero si me alegra...

—Espantosamente verte, ¿no?

—Claro que sí. Palabra que sí, Craig.

—Vine a despedirme de ti, porque no volveremos a vernos nunca más, monada.

—¡Ay, no seas bárbaro, hombre! Lo dices así tan siniestro...

—Te han contratado en Trinidad. Isla antillana, preciosa ella y tú. Coge un mapa. Ahora, no. Verás que Trinidad está a poca distancia de Panamá, del Ecuador, en fin, de todos estos lugares.

—Sé geografía —afirmó ella dignamente.

—Y también sabes que por allá, a nadie le extrañará el que una chica tan incendiaria como tú inspire un deseo arrollador, y amanezca ella, por ejemplo, con la cara azul, los ojos colgando y la lengua gordísima. En fin, estrangulada.

—¡Si es broma, es muy bestia, so bárbaro!

—No es broma. ¿A qué chica le parecería broma que la estrangulasen? Yo comprendo tu papeleta, chica. En fin, ya he cumplido al venir a despedirme de ti. Te doy mi palabra de que tan pronto me entere de que tú

y Melba coméis hierba por las raíces, acudiré velozmente a colocar un ramito de siemprevivas sobre vuestras dos tumbas.

—Cafre —murmuró ella, empezando a abanicarse con las manos.

—Pero morirás tranquila. Sabrás que yo capturaré al que te habrá estrangulado.

—Si quieres asustarme, límpiame que estás de huevo.

—Lo que quiero que comprendas es que yo no puedo capturar al estrangulador, antes... Sino después. Por la sencilla razón de que no sé dónde está, ni quién es. Pero lo sabré. Descuida. Tan pronto te estrangule.

Diana Harding se abanicó con un pañuelo. Murmura rencorosa:

—Te crees muy listo, Craig. Seguro que te crees muy listo.

—No, hija mía. De serlo, yo podría atrapar a tu asesino antes de que te estrangulase.

—¡Edgar Wilder murió carbonizado! ¡Para que lo sepas, bárbaro!

—Yo no he mencionado siquiera una vez al pobrecillo Wilder, un tipo tan guapo, un fulano tan inocente. Cada noche, antes de acostarme, lloro un minuto. Porque le dejé morir achicharrado con dos brazaletes de acero, al pobre estrangulador de rubias guapas.

—Melba va a venir pronto. Ella sabrá contestarte a modo, verdugo.

—No me hace falta ella. La que me gusta eres tú. Tan apetitosa. Tan tierna. Y pensar que en una isla lejana, a un par de metros bajo tierra, este cuerpazo tan succulento engordará a famélicos gusanos...

—¡Calla, so... so Gestapo!

—So, so, burrita. Me está bien empleado por ser un sentimental. Vengo a darte el pésame con toda mi buena voluntad. Vengo a darte ánimos, y explicarte que en tu caso, tanto da que te vayas a Trinidad como a Polo Sur. Ya te sentenciaron. Ya te señalaron con las tres letras esas tan espeluznantes.

—¿Qué... qué letras, sabihondo?

—«Erre, I latina, y pe». «Erre» de redomada embustera, «i» de idiota, y la «pe» de peras en almíbar con que hincharás a los gusanos. Pero así se cumplirá la fórmula ésa de: Descansa en paz. La fosa espera, señora. Amén.

—Si te crees gracioso, maldita la gracia que tienes, vas muy equivocado. Con lo simpático que eras allá...

—Con lo pollino que fui, dirás. Escucha... Sólo te queda un medio infalible para que te salves. Bastará con que yo le meta mano a la banda que operó en el dichoso avión.

—Yo, de bandas, si no son de música...

Sonriente, Jasper alzó en revés la zurda. Ella, encogiéndose, se quejó:

—¿Ya no puede una bromear, o qué va a pasar aquí?

—Los chistes a su debido momento. En tu funeral, chica. ¿Los Quimby con Juana Maldonado? ¿O solamente ellos dos? Tú y Melba fuisteis solamente dos majaderas folletinescas. Y esto tiene arreglo. Hablando la

gente se entiende. Lo que no tiene arreglo es la muerte.

—Oye, mira... Hablemos de otra cosa, hombre. Hasta que llegue Melba, ¿eh? Dime que sí. Estoy histérica.

Levantándose, más que abrazarle, se agarró ella con todas sus fuerzas al que permaneció erguido, inmóvil.

Parecía querer incrustarse. Ofreciéndole los labios entreabiertos, trémulos.

—Bésame, Craig —suplicó ella.

—No puedo. No hay modo. Hueles a cadaverina. Hueles a estrangulada.

Retrocedió ella, pretendiendo arañar. Cogiéndola por las muñecas, empleó Jasper un tono persuasivo:

—Repíteme la invitación cuando tu aroma sea de mujer sincera. Anda, no te sientas gatita. Cálmate. Eso es. Anda, siéntate tranquila. Y hablemos de otra cosa.

Hablemos de otra cosa, sí —murmuró ella, acomodándose con expresión inquieta.

—Estáis bien instaladas aquí. Muy amigas Melba y tú, ¿eh? Viviendo juntas y muriendo juntas. Como debe ser. Amigas hasta el último soplo.

—¡Hablemos de otra cosa, hombre!

—Puertas comunicantes entre las dos salitas y alcobas. ¡Vaya salita y vaya alcoba! Todo blanquito, como mortajas.

Por los detalles de buen gusto en el tocador, reconoció Jasper la alcoba de Melba Karel.

—Tengo sed, Craig —murmuró Diana.

—Eso es. Un traguito nos vendrá de perlas, nena. Pide licor y brindaremos por tu cortísimo porvenir.

Ella fue a una esquina de la salita para telefonear al bar.

Jasper dirigióse en línea recta al tocador. Abrió el cofrecito. Vio el brazalete de eslabones en plateados arabescos, del que colgaban plaquitas, una de ellas, en plata y marfil.

Cerró el cofrecito, guardándose el brazalete. Coincidió con Diana en el umbral. Murmuró ella:

—No tardará en llegar Melba.

—La esperaré abajo. Si quieres, podemos decir que no nos hemos visto. Diré que quise verte, pero al saber que dormías, esperé abajo.

—Oh, sí, será mejor. ¿No quieres el traguito?

—Ya me lo disteis las dos. ¿No recuerdas? Bebí buchets de mar.

Abriendo la puerta, murmuró ella:

Eres listo. Le dije a Melba que descubrirías la trampa, pero como he jurado no decir ni media, a ella le toca hablar.

—Hablará, descuida.

En el vestíbulo del hotel, Jasper se entretuvo con un brazalete y un cortaplumas.

Faltaba poco para la medianoche, cuando llegó Melba Karel. No le sorprendió mucho el ver a Jasper en el umbral del bar. Acudió.

—Tuve una avería que me dio que pensar por el camino. Fue usted.

—En efecto.

—¿Interrogó a Diana?

—Lo intenté, sin conseguir nada. Como sé que de todos modos irá a Trinidad, dígame únicamente una cosa: ¿averiguó quién fue el contratante?

—El propietario del «Oro Negro».

—¿Se llama?

—Gilbert Monpot.

—¿Francés?

—No le conozco. Pero la agencia «Raid», la que interviene, es de toda confianza.

—Y, lógicamente, cablegrafiarán su salida a Monpot.

—Sí. Al punto en que estamos ya, Craig, será más sencillo tutearnos.

—Por el aquello de «las que van a morir, te saludan».

—Tengo el presentimiento de que, pese a tu dureza exterior, sabes comprender mi problema. Yo no puedo...

—Déjalo, preciosa. No podías suponer, por entonces, lo que después fuiste adivinando. Ya era tarde para rectificar. Era un asunto grave, gravísimo, y podían acusarte de complicidad.

Asentía ella con leve parpadeo.

—Tampoco podías saber, por entonces, ni yo tampoco, que Wilder tenía un despertador que todas las mañanas a las tres lo llamaba.

—Sí, lo sabía, puesto que oía el tintineo.

—Pero ignorabas que era en espera de un aviso que le darían, estuviese donde estuviera. Y todas las madrugadas, a las tres, telefoneaba. ¿Si o no?

—Sí. Pero nunca oí lo que hablaba.

—No telefoneó la madrugada en que yo vigilaba su sueño narcotizado. Esto hizo entrar en sospechas a sus aliados. No actuaron en Guayaquil, creyendo que tu casa estaría con policías al acecho. Tomaron pasaje. El resto, ya lo sabes.

—¿Cómo pudiste tú...?

—Talento deductivo. Retrasado. Luego recordé aquel despertador, con la varilla de tintineo, puesta a las tres. No a las quince, sino a las cero tres. Hora extraña. Bien, el resto ya brotará.

—Mañana embarco, Craig.

—Y haces bien. Aquí, en los Estados, tú y Diana iríais a presidio por bastantes años. Los jueces no sienten ninguna debilidad por las sensiblerías femeninas. No son sentimentales. Yo, sí. Hasta pronto, Melba.

Reaccionó ella en forma extraña. Le besó impulsivamente. Labios frescos, sin ardor. Tal vez querían expresar gratitud.

Y se alejó apresuradamente.

En la calle, Craig Jasper se tocó los labios. Le ardían.

CAPITULO VIII

Gilbert Monpot, propietario del distinguido «Oro Negro», de Port of Spain, atendía con distinción a todos los turistas.

Su negocio era próspero, y su lema era evitar los errores perjudiciales. Podía ser servicial con quien le proporcionase beneficios. Pero su discreción tenía un límite.

Prefería perder la discreción antes que la libertad y su negocio.

Por eso, cuando un turista de grandes gafas negras, en vez de emplear la entrada pública, subió directamente a su domicilio particular, Gilbert Monpot, expertamente, olfateó peligro.

Hizo un rápido examen de conciencia, para atinar con la causa que motivaba el modo de anunciarse del visitante:

—Abajo he dicho que usted me había citado, Monpot. No es conveniente que sepan que pertenezco a la Interpol. Para comprobar mi personalidad, pida conferencia con Cristóbal. Solicite conexión con el número especial 12-18-7 y hable con Sam Mulliner.

—Prefiero ahorrarme la conferencia. Estoy en regla con la Ley.

—No esté tan seguro. Supongo que habrá oído hablar de dos artistas llamadas respectivamente Melba Karel y Diana Harding.

—Las he contratado. Me las elogiaron mucho.

—¿Sí? Entonces, según usted, todo es normal.

—No veo la menor anormalidad.

—Por lo tanto, no tendrá el menor inconveniente en decirme, concretamente, quién le aconsejó las contratase.

Gilbert Monpot se pasó dos dedos entre el cuello de la camisa y la garganta. Dijo:

—En esta isla no hay orden ninguna que me prohíba tener relaciones con gente que haya podido cometer delitos lejos de esta isla.

—Por ahora, no he mencionado a ningún delincuente.

Jasper pensaba en los Quimby y en Juana Maldonado.

Gilbert Monpot pensaba en Félix Lambert.

—Verá... En mi negocio me veo forzosamente obligado a tratar con toda clase de gente.

—De acuerdo. Nada hay contra usted, Monpot. Es muy libre de contratar a doble precio del que acostumbra. En realidad, las dos, cada una

en su estilo, valen su peso en oro.

—Es lo mismo que me dijo Félix Lambert.

Craig Jasper se quitó el «panamá». Abanicándose, comentó:

—Hace calor...

—¿Puedo ofrecerle un poco de ginebra escarchada? —brindó Monpot.

—Ya me pasó el ligero vértigo. No bebo, estando de servicio. Repito que contra usted, no hay cargo alguno. Expóngame con exactitud, y luego por escrito, las razones por las cuales contrató a doble tarifa, a dos artistas, haciéndolas venir por su cuenta, desde Nueva York.

—Deseo, ante todo, hacer constar que nada tengo que ver con la trata de blancas.

—No lo dudo. Hable claro y saldrá beneficiado.

—Lambert es peligroso. Si llega a enterarse de que yo... —y volvió Monpot a pasarse dos dedos entre cuello y garganta.

—No lo sabrá. ¿Cuándo tiene usted que verle?

—Pasará esta noche, hacia las once, a recoger los cablegramas anunciando que las dos artistas embarcaron.

—Bien. Explíqueme los preliminares.

—Hace unos días, vino Lambert. Le conozco hace tiempo. Lo que me propuso era normal. Yo, por cable, tenía que comunicar a la agencia «Raid», neoyorquina, que contrataba por un trimestre, gastos pagados, y depósito anticipado a dos artistas, Diana Harding y Melba Karel. Corrían también de mi cuenta los gastos de localización de ambas.

—¿Por qué precisamente estas dos artistas?

—Lambert me expuso el caso. Le podrá parecer raro, pero es bastante frecuente. Según me dijo Lambert, Diana, la rubia, es muy parecida a una estrella sueca, que hace algunos años tuvo gran éxito, por las proporciones exageradas del busto.

—Anita Ekberg.

—Exacto. En cuanto a Melba, según Lambert, es similar a Sofía Loren. Lambert afirmó que un millonario caprichoso, lo pagaba todo. Estas cosas suceden, ¿sabe? Aquí hay ricos plantadores o exportadores, apasionados por determinadas artistas. No pudiendo disponer del original, tratan de poseer copias.

—Lo sé. Hasta aquí todo vulgar y legal, salvo un punto, que usted posiblemente ignora. Félix Lambert se fugó de un presidio neoyorquino.

—Comprenderá que él no me lo dijo.

—Pero yo se lo digo. Dentro de una hora acudirá Lambert. Si lo capturo aquí, ¿le agradaría a usted?

—No. Le ruego comprenda mis razones. No me opongo a servir una buena causa.

—Pero que los maleantes internacionales que pululan por los puertos, no le cataloguen de confidente. De acuerdo, Monpot. Acepto su

proposición. Vea cómo resuelve su propia papeleta.

—Puedo avisar a Lambert para que no venga aquí, diciéndole que acudirá el comisario. No quiero líos, y él lo sabe. Pero necesita los cables para entregarlos al caprichoso que pagó los gastos y mi comisión.

—Cítele a otra hora y en otro sitio.

—Es desconfiado. Aunque, naturalmente, si Musmé...

—¿Musmé?

—Una chinita en cuyo «bungalow» se aloja Lambert cuando viene a la isla. Ella trabaja en el «Salón Oriental». Empieza a las once. Saldrá aproximadamente a las diez y media.

—Usted me acompañará al «bungalow». No se ofenda. Simple precaución. Todavía me duele este pómulo, por un descuido.

—Su sonrisa es levemente escalofriante, amigo —comentó Monpot.

—Recuerdo lo que decían los antiguos relojes. Aquello de todas hieren, y la última mata. La última, para Lambert, será la chinita Musmé.

La chinita Musmé, a las diez y veinte, colocó ante Lambert la taza de café aromatizado con aguardiente de arroz.

Juntó las manos, saludó, y saliendo fue a instalarse en el coche de dos caballos, conducido por un negro. El carruaje recogía en sus domicilios a las componentes del cuadro especial de atracciones del «Oriental».

Lambert saboreó plácidamente su café. Volvió lentamente la cabeza. Había oído pasos suaves, cautelosos.

A veces, los juncos, los abanicos de palma, los biombos, susurraban. Sin embargo, repiqueteó con las yemas sobre la culata.

Pareció así un apacible turista palpándose el estómago en sabroso proceso digestivo.

Saltó en pie, encañonando el umbral. Algo había tropezado allí. Vio un zapato.

No pudo adivinar a su debido tiempo que un zapato arrojado, en el sitio opuesto al que se hallaba, en calcetines, era uno de los recursos favoritos de Jasper.

Cuando lo comprendió, Craig estaba ya a su espalda. Que empleó otro recurso tan limpio y leal como el primero.

Rodearle el cuello con el antebrazo izquierdo, y darle un culatazo en la muñeca derecha. Una postura muy desagradable cuando una rodilla se hinca en los riñones.

Sobre todo para un hombre con la muñeca fracturada.

—Hola, 8866.

Un saludo al que no pudo replicar Lambert. Se ocupaba únicamente en arquearse hacia atrás, y sostener su rota muñeca. Un dolor agudo lacerante, que justificaba su mareo.

El segundo culatazo en su pómulo izquierdo, resultó casi misericordioso. Perdió totalmente el sentido.

Quando lo recobró, mantenía contra su pecho, amorosamente, el antebrazo derecho en cabestrillo. Dos tablillas de madera, fuertemente apretadas, aliviaban el dolor de la fractura.

Pero le mortificaba mucho verse la mano hábil apretada contra el pecho, sobre el cabestrillo, sujeta por varias vueltas de alambre.

Odió repentinamente al hombre que, sentado frente a él, fumaba, indolentemente reclinado contra el tabique de juncos.

Craig Jasper se acarició el pómulo hendido y cicatrizado.

—No es reproche, Lambert. Pretendo ser justo, y admito que en tu lugar habría, quizá, hecho lo mismo.

Con gran esfuerzo, procuró Félix hablar calmadamente:

—Si tan generoso eres, ¿por qué has venido a visitarme tan amablemente?

—Por mí, te habría olvidado. Pero te mezclaste en esto.

Miró Lambert la cartulina que le mostraba Jasper. Se maldijo mentalmente. La había conservado como futura pieza de chantaje. Y ahora...

—Aquí dice que Juana Maldonado, residente en Puerto Esmeraldas, te girará con referencia a una compra. Lástima que no podrás cobrar, allá en el presidio. Me temo que te triplicarán la condena.

—¿Sí? ¿Y por qué?

—Por cómplice de Juana Maldonado y los otros.

Masculló Lambert una serie de insultos en francés. Aclaró:

—Me duele el brazo, ¿sabes? Pero no la cabeza. ¿Qué complicidad ni qué niño muerto?

—No has de enfadarte conmigo, Félix. Yo no estoy enfadado contigo. De veras. Fuiste más listo. Y escapaste. Hasta aquí, todo en regla. Y yo no pensaba buscarte.

—No, qué va... Viniste aquí por pura chamba.

—Exacto. Te metiste a trabajar con una banda de asesinos. Y esto te va a perjudicar. Atraer a dos muchachas, para que las reduzcan al eterno silencio, te costará por lo menos diez años de «chirona».

—Quimby no me dijo nada de matar a nadie. Ni nada tengo que ver con asesinos.

—No me importa oírte, antes de oír a Quimby, que, naturalmente, tratará de cargar el mochuelo sobre ti. Has de saber jugar con tino, Lambert. Yo perdí contigo la primera mano. Tú, la segunda. Podemos barajar de nuevo, y declarar nula la partida.

—Baraja, a ver.

—Vuelves a Staten a cumplir los cuatro tacos que te quedan, sin propinas. Tienes una hora para pensarlo. El tiempo justo para que vengan a recogerte dos de la Interpol. Les cité para la medianoche.

—Tan macho como pareces, y vaya amistades que te traes —quejósese

Lambert.

—Baraja tú ahora, Félix, y demuéstrame el talento. Si te callas, saldrá ganando Quimby. Piensa en la torpeza imperdonable de Quimby, haciéndote contratar a dos chicas a las que yo tenía vigiladas. Ellas vienen en barco, pero yo tomé el avión. Me encanta el avión. ¿A ti, no?

Lambert escupió despreciativamente. Se apresuró en aclarar:

—Va por Quimby esta salivilla. Ya se lo advertí. Cuando un presunto honrado se desliza por turbios negocios, patina, porque se calla lo esencial. Y me tiene en el Limbo. Y así sale todo, maldita sea su estampa.

—Seguramente te propuso liquidar a las dos chicas.

—No soy un matarife. Me dijo que tú me buscarías. Que cuando yo te viese, enviase un radio a la dirección esa. Nada más. Debía hacer lo mismo, cuando llegasen las chicas. Avisar la llegada. Eso era todo. ¡Yo qué sé de asesinatos ni de cuentos árabes! ¡Venga, llévame ya donde sea! Tienen que escayolarme este brazo. Me duele.

—Querido, no seas tan delicado. A mí no me llevaste a que me enyesaran la cara. Ya que estamos los dos a solas, lo puedes reconocer. Te hubieras ganado un buen fajo, si me vuelves a romper la cara, pero sin arreglo posterior. ¿A que sí?

—Estás equivocado. Precisamente yo me olí algo nauseabundo en todo este asunto, y quería sacarles más. Me ofrecieron cincuenta mil.

—Caray, qué pena. Lo siento de veras por ti, caramba.

—Sadismos a mí, no. Te estoy hablando la pura verdad. Si ellos me ofrecían cincuenta mil, por dos tonterías como eran contratar paquetes y señalarles tú presencia, es que había champiñones.

—Recuerda que soy yanqui, no franchute.

—Los champiñones crecen en la humedad sucia. Tras el telón de dos tareas aparentemente sencillas, forzosamente tenía que haber inmundicia por tapar. Alguna basura que tú ibas a airear. Porque te tienen pánico. Estoy hablando la pura verdad.

—Eso es lo malo, *monsieur*. ¿Reconoces que llevas años viviendo puercamente?

—Es posible. ¿Y qué?

—Ahora nadie cree en tu limpieza de mente. Pensabas darme un beso en cada pómulo, cuando me vieras, ¿verdad?

—Pensaba enviarte un aviso diciéndote que un tal Alvin Quimby, por encargo de un amigo, cuyo nombre no me dijo, pagaban cincuenta mil por vosotros tres localizados. Tú y las dos terneras.

—Creo que así llamaste a Molly, mientras la amarrabas.

—No es insulto. Llamo así a las muchachas que a mí entender cometen una deshonestidad constante. Provocan, pero no apagan la sed. No nos extraviemos por las peñas. ¿Por qué ríes así tan callado y zumbón?

—O sea que pensabas avisarme. Por cariño, claro.

—Por mí interés, hombre. Yo te hubiera propuesto un cambio de mercancía. Tú me dejabas en paz. Y te llevabas a los otros. Con los cincuenta mil, yo me retiraba a vivir honorablemente.

—¿Por qué conservaste esta tarjeta? ¿Tan difícil era de recordar su contenido?

—Nunca sabe uno cómo irán los negocios. Caso de fallarme el hotel que pensaba montar en la Costa Azul, siempre me quedaba el recurso de pedir fondos, a cambio de meterme en el tejemaneje, que se querían traer contigo y las dos terneras. Creo que más claro no puedo ser.

—No lo dudo. Pero el juez que bregue con todos vosotros, no te creerá, Lambert. Son los inconvenientes de la sinceridad tardía. Cuando Juana y los Quimby estén ante el juez, con su amigo sin nombre, dirán que tú te ofreciste para liquidarme.

—Demostraré que ellos vinieron a buscarme. Yo no fui a buscarles.

—Hombre, voy a darte un mérito. Por lo menos, no estás mintiéndome. No negaste la posibilidad de que no le hubieras hecho ascos a la idea de liquidarme.

—Defensa legítima. Sí, sí... Voy ya para viejo. Estoy muy bien conservado, pero llevé una vida un poco agitadilla. Ponte en mi lugar, hombre. No recibirías con los brazos abiertos al que viniese a buscarte para conducirte a perder cuatro tacos de vida entre barrotes. Seamos justos, ¿no?

—Tu cinismo es repelente, si te oyese un hipócrita. Estoy pensando en una solución magnífica para ti. No es porque te tenga simpatía. Sigues siendo un granuja asqueroso. Pero te cabe una esperanza.

—Empiezo a cogerte cariño. Y escucha, entre nosotros... Era una mala pasada la que pretendías jugarme con aquella fuga de pacotilla. ¿Por qué me hiciste una faena así de guarra, hombre?

—Sospechan que andas metido en asuntos de drogas. Un naviero llamado Sullivan ofreció la gran prima. Yo debía fugarme contigo para que tú me llevases por tus andurriales. Y demostrar que Sullivan no tenía nada que ver con el andamiaje y engranaje sudamericano de drogas.

—Yo la única droga en que trafico es la femenina. Sana y normal.

—Casi podría conseguirte el indulto. Me bastaría decir que lo planeamos tú y yo. Escapaste, por si Sullivan, enterado de la fuga falsa, era verdaderamente jefazo del tráfico de drogas.

Ladeó Lambert la cabeza. Parecía un zorro oyendo una melodía interesante.

—No lo haría como regalo para ti, Lambert. Que no eres un asesino, lo demostraste. Me diste un buen trompazo, pero no me mataste. Pudiste liquidar a Molly. No lo hiciste. Por cierto, la muchacha dio a entender que fuiste algo erótico con ella.

—Miente la pobre. Pretensiones que tendrá de guapa. Yo, Bibi, este

nene, no fuerzo mujeres. Se me entregan. Me sobran. Me fastidian a veces. Y allá, dándole a los pies, no estaba yo para juergas.

—Bien. Vamos al negocio. Estamos de nuevo juntos, amor mío. Si estoy aquí, es porque me avisaste de tu escondite. O si no, ¿cómo iba yo a encontrarte tan pronto, verdad, angelito?

—Capto la onda. Sigue, vida mía.

—Tú me llamaste, y tú me entregas la lista completa de los traficantes. Toma y daca. Dame, y vuela. Lejos, muy lejos. Que nunca vuelva a verte, porque serías una tentación.

—No soy un chivato. ¿Te enteras?

—Así me gustan los machos. Verdaderos mártires heroicos. Leales a sus principios. Cuatro tacos que tienes que cumplir, más diez por complicidad con los asesinos de los tripulantes de un avión en el cual iba yo de pasajero, más un par de tacos de propina, por encubridor de Edgar Wilder... Echa la suma. Claro que no cumplirás los diecisiete tacos de rejas. Antes estallará la bomba Z.

—Qué simpático eres, caimán... Lo peor no es que te creas gracioso, sino que encima te imaginas muy listo.

—Hombre, no soy gran cosa como inteligencia. Pero entonces, tú eres un cretino espantoso. Yo tengo las manos sueltas. Mírate las tuyas, y saca la deducción visible.

—Yo me siento a la mesa, y desembucho. Cosa que va contra mis principios, como tuviste la bondad de admitir. Y como postre, después me encajan igualmente varios tacos. Para eso esperan los de la Interpol, ¿no?

—No me valores por bajo. No necesito esbirros. Sé llevarte solito. Trata de razonar con buen sentido comercial. Allá me tienen lástima. Soy un cazador acabado, un fracasado ridículo. Pero yo regreso y les digo a todos... ¿Qué les digo, Lambert?

—Les engañé a todos, capullos. Yo estaba en combinación con Lambert, un granuja que desea morir casi decentemente. Por si acaso el naviero Sullivan era un hipócrita bandido, que son los peores, yo le dije a Lambert que nos reuniríamos en Trinidad. Tuvo que cascarme tal como yo hice con el guardián. Para dar fachada de verdad al trapicheo.

—Perfecto.

—¿Por qué cuernos crees que conozco las oficinas y rutas de la droga?

—Porque eres inteligente. Viajabas mucho. Donde entregabas tu mercancía, no querías competencia. Te tranquilizaban. Te decían que no eran competidores. Eran marranos repartidores de droga malsana y anormal.

—Bueno. Tú ganas.

—Los dos.

—Lo querrás por escrito, claro. ¿Con qué mano escribo?

—Con la zurda. O me dictas, y bastará estampes tus huellas.

—Sé escribir, tú. Por lo menos, firmar.

—Pero con la zurda, caben dudas. Anda, díctame, profesor.

Fue especificando Lambert. Dieciocho camareros, en cuatro barcos de la «Naviera Sullivan», ignorándolo este, distribuían la droga en diversos puertos.

Procedimientos siempre renovados. Ingeniosos. Varias oficinas recogían al por mayor. Repartían al por menor. También ingeniosamente.

Al terminar con todo detalle el dictado, Félix Lambert mojó las yemas de la zurda en tinta china. Aclaró:

—Musmé dibuja primores. Oye, tú... El trato es el trato. Necesito veinticuatro horas de tiempo.

—¿Para qué?

—Ir a que me arreglen el estropicio que me hiciste. Me está doliendo más ahora el pómulo que la muñeca. Luego, tengo que buscarme el pasaje en un platanero francés.

—Eso, en dos horas, lo resuelves.

—¿Y los cincuenta mil, qué? Son la base de mí futura decencia. Dame tiempo a enviar el cable, y recibir el giro.

—Cuidado con que la codicia te deslumbre, y resbales. Contesta claro. ¿Confías en mí plenamente?

—Sí y no. Tengo ya cuarenta y dos tacos.

—Yo, menos. O sea que estimarás justo que tampoco me fíe completamente de ti. No nos separaremos ni un minuto, a partir de ahora. Vamos a mandar el cable. Y cuando recibas el giro, adiós.

—Comprendido. Haces bien. El hombre es fuerte, pero el metal lo debilita. Podría mandar un cable pidiendo más por notificar que ya te lo sabes todo. De acuerdo.

Al anoecer siguiente, en el entrepuente de un carguero bienoliente a fruta tropical, el pasajero Félix Lambert tenía el antebrazo derecho apoyado en estuche de cuero, y oculto bajo la solapa de su elegante chaqueta deportiva.

El roce de la libretita de cheques viajeros en dólares, le confortaba. El barco se separaba del muelle. Craig Jasper ondeó por última vez la diestra.

Lambert correspondió con su sombrero «jipi». Filosofó entre dientes:

—Habría sido alguien este tipo en cualquier otra profesión menos peligrosa. Terminará mal. No siempre topará con otro como yo, tan inteligente como él.

Alejándose, Craig Jasper pensaba que el licenciado en Filosofía y Letras, *monsieur* Lambert, era uno de tantos seres amorales que tenían cierto derecho a intentar envejecer procurando redimirse de un pasado turbulento.

Por lo menos, para él, Lambert tenía un mérito. No se parapetaba tras una fachada de hipocresía constante.

CAPITULO IX

Alvin Quimby y su sobrino John, ambos solteros, eran metódicos. El fin de semana lo iniciaban en los campos de Quito, donde tenían su hacienda.

El domingo por la mañana, un poco de golf en el selecto club británico. Durante el aperitivo hablaban con otros exportadores, sobre la situación de los mercados y de sus viajes por la costa e interior.

Los Quimby volverían pronto a los Estados. Podrían descansar en una dorada opulencia bien merecida. Esta era la opinión general de sus banqueros.

Últimamente, habían efectuado grandes ingresos. Eran lince para los negocios productivos.

Después del aperitivo, comían en el Club Rotario. Por la tarde, daban una pequeña fiesta muy íntima en su residencia. Salvo aquel domingo.

Porque al llegar en su coche, no les abrió la verja el habitual criado, sino un desconocido.

Alvin Quimby, frenando, bajó el cristal. Preguntó en español:

—¿Quién es usted?

—Sam Mulliner. Interpol. Y aquellos tres compañeros míos son maestros en el arte de disparar a los cauchos, brazos y piernas. Otros colegas se han hecho cargo ya de Juana Maldonado... y de Edgar Wilder.

El viaje resultó muy penoso para los dos Quimby, esposados y silenciosos en el coche policial, hacia Guayaquil.

Manifestaron cierto nerviosismo al subir en un avión que no era de línea regular. Pilotado por tripulación interpol. Del mismo organismo eran los que se instalaron a sus lados, esposándolos al brazal.

Como sus colegas hicieron con Juana Maldonado y Edgar Wilder.

* * *

En su despacho, el teniente Trevor invitó:

—Una taza de café le sentará bien, Craig.

—No lo dudo.

—Ha sido un trabajo magnífico. Una redada general. Y ahora que ya le di el merecido jabón, paso a la crítica. No debió tenerme en la ignorancia de que estaba en combinación con Lambert.

—Era preciso, por si Sullivan no era tan honrado como aparentaba.

—Sin necesidad de ir a esconderse a Port of Spain, pudo Lambert delatar a los traficantes.

—Era preciso que la Prensa pregonase que Lambert se burló de un cazador llamado Jasper. Así los Quimby, al enterarse, entraron en contacto con Lambert. Daban por descontado que, siendo mi especialidad cazar fugitivos por los cotos de Centro y Sudamérica, yo seguiría la pista de Lambert.

—Hasta aquí, conformes. Pero, ¿cómo permitió que Félix se le escapase de nuevo?

—Emprenderá una nueva vida bajo otra identidad. Puse en la balanza el peso criminal representado por sembradores de muerte, y el peso delictivo de un francés cínicamente convencido de que favorecía a chicas que deseaban enriquecerse pronto.

—Un tratante en blancas es un ser repugnante, Craig.

—Hoy en día, con tanta propagación, la muchacha que acepta contratos de esta clase, ofrecidos por un tipo como Lambert, no es una cándida engañada. Lambert no secuestraba, ni forzaba. De acuerdo, de acuerdo. Era un solemne granuja. Pero tuve que pactar con él. Prefiero cazar asesinos. Y ya tiene enjaulados a éstos.

—Wilder... El enigma incomprensible.

—Lo fue, hasta que en un brazalete encontré un adorno que contenía una confesión. La de una mujer que no podía vivir en paz con su conciencia. Esta mujer a la que llamaremos Sofy...

—¡No, no, mi querido amigo! Esta mujer tiene su identidad bien definida.

—La ignoro. Empleaba un seudónimo. Era artista y por si moría escribió lo sucedido en el avión. Se consideraba, en cierto modo, cómplice de cuatro asesinatos.

—Habla usted de ella en pasado.

—Con una amiga suya que llamaremos Anny, fue a refugiarse en la Naturaleza. Rincones que aún quedan por el mundo. La última vez que la vi me declaró que, bajo otros nombres, buscaría, con su amiga, un rincón tranquilo. Ambas tienen atenuantes.

—Me temo que se vuelve usted muy sensibilero, Craig. Si pretende encubrir a Melba Karel y a Diana Harding, su esfuerzo es inútil. Ellas eran las otras dos pasajeras. Las que declararon encubriendo a la banda.

—Écheles un galgo... Fueron culpables de la romántica creencia de suponer que Wilder era inocente. Tardaron en comprender que no era fortuito el accidente. Tardaron en comprender que fue casual que yo no me

estrellase contra los arrecifes.

—Por lo menos, el escrito servirá como pieza anexa —insinuó Trevor.

—Lo quemé. Enviando los detalles principales al fiscal. Le sobran. Incomunicados los cuatro, pasará lo de siempre. Cada cual recargará las culpas sobre el otro.

—Yo no soy el fiscal. Felizmente para usted, Craig. La llamada Sofy o Melba, ¿por qué tomó el mismo avión que usted y Wilder?

—Deseaba, hacía tiempo, conocer Nueva York. Quiso también conocer toda la verdad sobre Wilder. Un pasajero se deslizó reptando por el pasillo, hasta sentarse al lado de Sofy, ordenándole silencio con un dedo sobre los labios.

—¿Le vio?

—Relato lo que escribió ella. El pasajero era Alvin Quimby. Apenas me golpeó en la frente le explicó a Sofy que era amigo de Wilder, que éste era inocente, y que les pagaría a ella y a Anny cinco mil dólares a cada una, si atestiguaban que todos saltaron del avión al entrar éste en barrena.

—Y ellas aceptaron.

—Todo era precipitado. La pasajera Juana Maldonado le estaba quitando las esposas a Wilder, con la llave que me sacó del bolsillo. Me colocaron un paracaídas. Me arrojaron al vacío, haciendo lo mismo con el pastor Winchester y Anny. No mataron a Winchester, porque su testimonio les era muy necesario.

Trevor escuchaba, aunque parecía distraído en dibujar aviones y paracaídas sobre su cuaderno.

—Sofy vio cómo trasladaban al pasajero que estaba como mareado, y lo colocaban en la butaca de Wilder, esposándolo. En tierra, Juana Maldonado se reunió con las dos chicas. Cree Sofy que posiblemente Juana las hubiera liquidado, cuando ellas dos empezaban a preguntar demasiado, pero llegaron unos mineros.

—¿Y qué preguntaban ellas?

—Mejor dicho, chillaron. Sobre todo Anny. Cuando vieron, en el colmo de la sorpresa, que Alvin Quimby acudía con el que dijo ser su sobrino. Pero aquel hombre que le acompañaba no estaba en el avión. Y no había rastro de Wilder. Solamente un incendio en una cumbre. Fogata debida al avión que se estrelló.

—Cuyos tripulantes fueron liquidados... ¿cómo?

—Sofy vio a Juana golpeando a la azafata, y entrando en la carlinga. Quimby se cuidó del cocinero *barman*. Saltaron cuando ya el avión, sin mandos, entraba en barrena.

—¿Por qué las dos chicas no dijeron la verdad a su debido tiempo?

—Por el ansia humana de seguir viviendo. Alvin Quimby les aseguró que serían acusadas de complicidad, si no declaraban exactamente como él les aleccionaba. Porque ellos mismos así declararían. Que eran cómplices.

Por esto ellas atestiguaron que fue un accidente.

—Y sin embargo, luego la conciencia... las impulsa a confesar lo ocurrido, pero solamente a usted.

—Escuche... Ya no hablo yo. Me sé de memoria el último párrafo de la declaración escrita por Sofy. Decía así —y cerrando los párpados, recitó Jasper:

—«Si alguien lee esta confesión, habré muerto. Yo creí que Quimby solo quería ayudar a un inocente, injustamente acusado. Nunca supuse que provocarían un accidente. A mí, Wilder no me parecía un asesino. Ningún tribunal humano me absolverá. Pero confío en que Dios me perdone».

Al cabo de un instante, comentó Trevor:

—El caso de Wilder y compañía no es de mi incumbencia. A título de curiosidad, acláreme los muchos puntos oscuros. Los restos del avión revelaron accidente, no sabotaje.

—Los Quimby, para sus constantes recorridos del interior, pilotaban una avioneta particular. Inutilizados los tripulantes, le resulta fácil a Alvin Quimby colocar los mandos de modo que la rotura del ala, y la detención de una hélice, convenzan a los técnicos.

—El pasajero del avión que viajaba como sobrino de Quimby...

—Un hombre realmente embriagado, cualquier aventurero recogido en Guayaquil, poco antes de salir el avión.

—En el puesto de Wilder colocan al embriagado, al que seguramente narcotizaron también. Y Wilder aterriza y escapa.

—Dirigiéndose a Puerto Esmeraldas. No olvidemos que es un deportista consumado. Miembro del Aéreo Club. Parte con la avioneta. John Quimby finge librarse de un paracaídas, y haber saltado con su tío. Y ya está. Ya tenemos a Edgar Wilder reducido a cenizas.

—Para planear este accidente con cuatro asesinatos, tenía que ser muy importante la relación de los Quimby con Wilder. Y la Maldonado.

—Los cuatro han sido cazados, y constantemente escoltados por hombres de la Interpol, que no les han permitido hablar entre sí. No han podido inventar nada. Incomunicados, cantarán.

—Tendremos que esperar los resultados del interrogatorio. A menos que haya usted forjado alguna teoría.

—¿Qué móvil alegó, por su crimen, Wilder? Pretextó un arrebató de violencia celosa, para que los siquiatras, al no hallar justificación a dichos celos, le declarasen demente. Pero cuando estranguló a su novia, habría escapado, a no ser que la servidumbre se lo impidió.

—Reflejo instintivo de huir.

—O tal vez porque su novia aludió a sus muchos negocios sudamericanos. La que era celosa era su novia. Pudo muy bien seguirle en alguno de estos viajes. En el expediente judicial se demostró que ella estuvo ausente de Nueva York, coincidiendo con dos

de los últimos viajes de Edgar Wilder. Pero todo esto, pronto quedará en claro. Tengo sueño. Voy a reposar.

—Y posiblemente dormiré con la conciencia muy tranquila.

—Roncaré. Sin pesadillas. Yo cazo asesinos. No mujercitas necias o sentimentales. Este lujo no me lo podría permitir, si llevase placa como usted.

—Ronque a gusto, amigo.

La Prensa explicó los puntos oscuros.

Juana Maldonado formaba una asociación con Edgar Wilder y los Quimby. La mayor parte de sus fortunas se debía al tráfico de armas para diversas repúblicas sudamericanas.

El mensaje que esperaba Wilder era el anuncio de la llegada a Guayaquil del barco contrabandista, que se encubría con las exportaciones de los Quimby.

Un barco que le trasladaría a sitio seguro, a salvo por fin de la constante y tenaz persecución del «cazador» Craig Jasper. No pudo tomar el barco.

Alvin Quimby, con su sobrino y Juana Maldonado, tuvieron que planear rápidamente la liberación de Wilder. Cuando éste a las tres de la madrugada no telefoneó, indagaron.

Creyeron que la casa estaría rodeada por la Interpol. Pero supieron que había dos pasajes reservados para Wilder y su cazador.

Tenían que actuar. Edgar, a raíz de su encarcelamiento y primera fuga, ya les había hecho saber que tenían que sacarle siempre de las manos de la policía. Caso contrario, revelaría las relaciones comerciales y! delictivas de la sociedad.

La Prensa revelaba también que eran activamente buscadas dos testigos principales. Dos artistas de «variedades», llamadas Melba Karel y Diana Harding.

El capitán del buque en que embarcaron las dos artistas declaró que ambas pasajeras no reemprendieron el viaje, rumbo a Trinidad, quedándose en la escala de La Habana.

La Interpol, pese a su incesante búsqueda por la isla y cayos cubanos, no encontró a ninguna de las dos artistas.

Solamente Craig Jasper hubiese podido aconsejar que no debían buscarlas por las Antillas.

No había firmado el radiograma enviado al barco, y destinado a Melba Karel, que decía:

«Aconsejo incumplimiento contrato y larga temporada descanso».

Meses después de ser cumplida la sentencia de muerte contra los cuatro

encartados en el sabotaje del avión, recibió Jasper una tarjeta postal.

El matasellos era de una ciudad italiana. Firmaba una tal Diana Morrison. Participaba su boda con un pintor inglés. Invitaba al «buen amigo Craig» a visitarla algún día.

Estaba muy lejos Italia. No acudió Jasper a la cita. Diana Harding, con su bikini negro, suscitaba lo peor que almacena secretamente el hombre.

Él ya no trabajaba para nadie. La recompensa del caso Sullivan le permitió realizar su sueño práctico. Una serrería. Una factoría maderera en plena naturaleza.

Para los procesos de conversión de pulpa de madera en papel, entabló correspondencia comercial con diversas casas suecas. Las más técnicas mundialmente en este género de industria.

Seguía recordando el sabor de un beso muy breve. Que entibiaba sus labios con solo evocarlo.

Recibió muchos folletos relativos a las diversiones de Estocolmo. En un local nocturno, donde desfilaban atracciones mundialmente famosas, figuraba la mención de su propietaria, y una foto.

La propietaria se llamaba Ingrid Nilssen. Era rubia. Parecía soñadora, ingenua y sencilla.

Hacía mucho frío en Estocolmo. Y era muy grata la tibieza de temperatura en el elegante local nocturno. En la pista cantaba un famoso divo francés.

La propietaria del local vestía un sencillito sastre azul claro. Sin retoque, destacaba el vivo rojo de sus labios.

El sedoso dorado de su cabellera era el natural.

Nunca traía el «menú» ni lista de consumiciones a ningún cliente. Pero acudió con ambas listas en honor del que estaba instalado en la mesa número once.

—Buenas noches, Craig —saludó Ingrid Nilssen. Muy tenuemente, para ocultar el temblor en la voz.

—Buenas noches, señora Nilssen.

—Señorita o Ingrid. Puedo recomendarte la especialidad de la casa, Craig.

—Déjeme elegir. ¿Quiere, joven? En sueños, aunque con la melena como la noche, los ojos como faros y la boca como brasas, me harté de soñar con una mujer.

—Aquella mujer murió.

—La anunciaban como única, voluble e incitante.

—Necesitaba ganar pronto, sin venderse, solamente exhibiéndose, el suficiente dinero para llegar a esto. —Y señaló ella con lentitud en torno, añadiendo—: Siempre recordó con inmensa gratitud a un hombre.

—Espero que aquel recuerdo no le impedirá sentarse, Ingrid.

Obedeciéndole, sonrió ella:

—Créeme o no, muchas veces entraba alguien. Alto, de ojos crueles... y vivía yo unos minutos deliciosos... Luego, volvía a esperarte.

—¿A que termina en idilio? Lo creas o no, has sido la única mujer que me inspiró lo que debe ser amor. Un besito amistoso. Y me quedé rabiando por conseguir que fuese apasionado. Y a la vez, estaba seguro de que podría soportar toda una vida contigo. Hasta me inspiraste verdaderas majaderías. Cogidos de la mano, paseando. Sentados en silencio junto a un buen fuego. Oírte hablar tonterías y parecerme que oía sinfonías deliciosas. ¡Caray, si eso no es amor, que me registren!

Sonrió ella, extasiada. Y murmuró, trémulos los labios:

—Como declaración, ha sido muy poética, Craig.

—Pasemos a lo práctico. Tengo hambre y sed. Hay mucho ruido aquí.

—Es un vals... Bueno, podemos ir a mí estudio. Al fondo.

—Al fondo, el cielo.

Enlazó Jasper por la cintura a la propietaria del local. Caminando, ambos ignoraban presencia, rumores y músicas. Sólo se oían y veían.

—Me da igual vender madera allá que aquí, Ingrid. O vender lo que sea.

—Puedo vender este negocio. Me ofrecen... ¿Qué, Craig?

—Lo unimos todo. Moneda y corazones. Y labios.

El beso se prolongó. Y en una pausa, susurró ella:

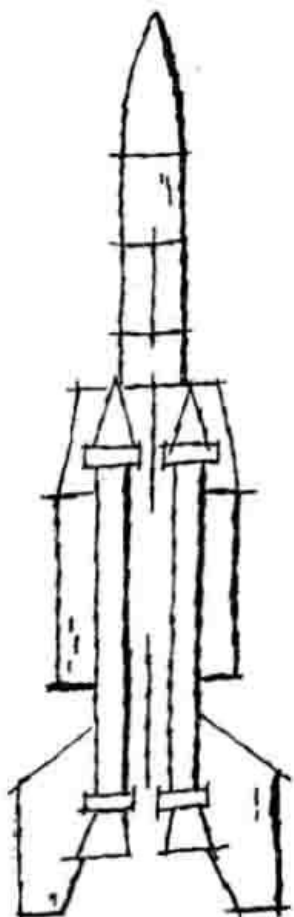
—La última ya no mata, Craig.

—¿Cómo, qué? Ah, el relojito... Le haré cambiar las letras. La última, resucita.

FIN

Los cohetes

WIM DANNAU



Los actuales cohetes son un anticipo del mundo futuro: niños mimados de la técnica, armas poderosas, vehículos ultrarrápidos, naves del espacio, con ellos toman cuerpo los más audaces sueños del hombre.

La clara y sintética exposición del presente volumen constituye el primer testimonio de la Era que acaba de empezar.

Aquí están todos los modelos de cohetes que hoy se conocen, desde el proyectil antitanque al coloso que pone en órbita un satélite artificial.

Un catálogo que mañana servirá a la historia.

**MARABU
ZAS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



TESOROS OCULTOS



RIQUEZAS
QUE
ESPERAN...

... la mano atrevida que las arranque de su escondrijo de siglos.

San muchos (más de los que suponemos) los tesoros ocultos que cualquiera de nosotros puede encontrar estudiando antiguas leyendas o localizando los documentos reveladores.

**MARABU
ZAS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



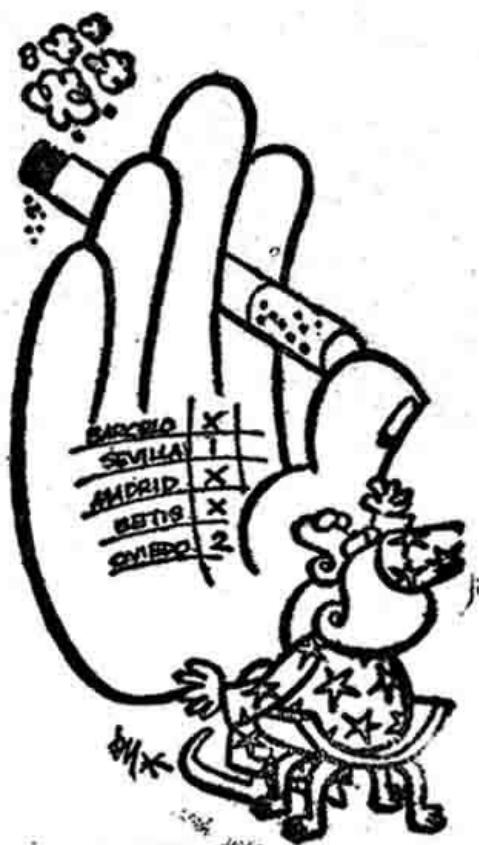
LA QUIROMANCIA

¿Es la quiromancia un vulgar truco de gitanos?

¿Qué opina usted?

¿Conoce sus fundamentos, sus verdades y sus mentiras?

Tienda la mano. Tome este libro. Vamos a verlo.



**MARABU
ZAS**





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. * Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE Fundada en 1772

{1} Todas hieren, la última mata.

{2} Los europeos latinos reciben en los barrios bajos neoyorquinos el apelativo de Dago.